

21° CONCURSO NACIONAL — DE CUENTO —
PREUNIVERSITARIO

Juan Rulfo

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

21 Concurso Nacional
de Cuento Preuniversitario Juan Rulfo

21 Concurso Nacional
de Cuento Preuniversitario Juan Rulfo

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

21 Concurso Nacional de Cuento Preuniversitario Juan Rulfo

D.R. © Universidad Iberoamericana, A.C.
Prol. Paseo de la Reforma 880
Col. Lomas de Santa Fe
Ciudad de México
01219
publica@ibero.mx

Primera edición: 2021

Publicación electrónica de distribución gratuita

Todos los derechos reservados. Cualquier reproducción hecha sin consentimiento del editor se considerará ilícita. El infractor se hará acreedor a las sanciones establecidas en las leyes sobre la materia. Si desea reproducir contenido de la presente obra escriba a: publica@ibero.mx, en el asunto anote el título de la obra y deje el contenido en blanco.

Impreso y hecho en México.

Índice

Presentación / <i>Silvia Ruiz Otero</i>	9
Ella viene los sábados / <i>Jimena Cuevas Sánchez</i>	23
El amor a la vida / <i>Itzia María Juárez Téllez</i>	31
Sincretismo / <i>Iván Daniel Domínguez Sanz</i>	41
El fin de una idea / <i>Felipe Barrio Arizpe</i>	47
“ <i>Objects in mirror are closer than they appear</i> ” (lo que cuenta un semáforo) / <i>Luzmila Betancourt Vázquez</i>	57
Botes de cemento / <i>Diego León Ramírez</i>	65
<i>Mutatio modus operandi</i> / <i>Paola González Mota</i>	71
Todo fue por mí / <i>David Sorrosa Hernández</i>	83

La culpa nunca fue mía / <i>David Sorrosa Hernández</i>	93
La bella / <i>Sandra Hernández Barrón</i>	111

Presentación

Silvia Ruiz Otero

El 21 Concurso Nacional de Cuento Preuniversitario Juan Rulfo da lugar a esta antología en la que aparecen los diez mejores cuentos a juicio de los dictaminadores: tres primeros lugares y siete menciones. Sus autores, estudiantes preparatorianos del país, presentan aquí sus creaciones y, así, la llave para entrar en sus mundos literarios. Cada uno de los cuentos aquí incluidos muestra originalidad y sensibilidad en la recreación del mundo que les rodea, con toda la carga histórica, la variedad y los claroscuros que nos envuelven a todos. Estos jóvenes creadores echan mano de la imaginación poética que brota de su fresca sensibilidad y su mirada crítica. Va desde estas líneas una felicitación, con sincera gratitud, para cada uno de los ganadores. El jurado, integrado por Silvia Ruiz Otero (presidente), Tarik Torres Mojica, Panagiotis Deligiannakis, Paulo Gatica Cote y Ana Cecilia Durán Pacheco, disfrutó la oportunidad de acercarse a la novísima escritura mexicana. Sin embargo, considero que cumplimos con la difícil tarea de elegir lo mejor de la entrega de esta edición: seleccionamos las obras que consideramos las mejores tanto por su manejo del lenguaje como por su fuerza narrativa, la consistencia de los personajes y el estupendo entretejido de la trama, además de su originalidad.

El primer lugar lo ganó “Ella viene los sábados”, de Jimena Cuevas Sánchez, un cuento realista sobre un problema hincado profundamente en la sociedad occidental: el alcoholismo. Es muy grato observar cómo una escritora tan joven es capaz de hacer un personaje redondo de un hombre mayor y las terribles consecuencias que le acarrea la enfermedad. Al mismo tiempo, nuestra autora recrea el amor y la preocupación incondicionales de una hermana que nunca lo abandona.

Leamos unos fragmentos:

La rutina de cada visita era la misma. Al oír el timbre, un hombre esquelético y algo canoso se levantaba mareado del sillón. Con pasos inestables y poco firmes, el señor Álvarez se dirigía a abrir la puerta y tras ello, regresaba tambaleándose al sillón. Su hermana entraba poco después, siempre procurando una sonrisa. Un olor a sudor, cigarro y alcohol invadía en todo momento el aire del departamento. Para su hermana, el hedor parecía incrementarse en cada una de las visitas que realizaba; no obstante, lograba ocultar de una manera admirable la repugnancia que la mezcla de malos olores le provocaba.

Y, más adelante:

La madrugada del jueves 14 de noviembre, el señor Álvarez, botella en mano, se quedó dormido poco después de las dos de la mañana. Un zumbido corto y agudo en el oído le hizo abrir los ojos que tardaron un par de segundos en adaptarse a la oscuridad que gobernaba la sala. El teléfono comenzó a sonar y el señor Álvarez hizo un esfuerzo por

enderezarse a contestarlo. Su cuerpo no pareció responder, se sintió rígido, como si una fuerza ajena le empujara cada vez más profundo en el sillón.

El segundo lugar fue asignado a la obra de Itzia María Juárez Téllez, por “El amor a la vida”. Comencemos leyendo dos fragmentos:

Nos subieron a una carreta, primero yo, luego mi mamá y, hasta el último, pero no menos importante, mi padre. Pero él no subió: un señor uniformado le había disparado y mi tío, y mi tío, en lugar de ayudarnos a mi mamá y a mí a salvarlo, nos sacó de ahí; yo gritaba, fuerte, muy fuerte para que mi padre supiera que quería estar con él, pero mi madre me tapaba la boca, no sabía por qué, ¿es que acaso ella ya no quería estar con él?

Más adelante:

Sobrevivimos ocultas en el anonimato, evitando la luz, y, en las noches, dormíamos en botes de basura o debajo de autos; de vez en cuando, en casas de los clientes de mi padre, siempre procurando no ser fáciles de visualizar.

Dos fugitivas, madre e hija, que, por las actividades de participación del padre en alguna Resistencia (suponemos), son víctimas de la crueldad de los “uniformados” y perseguidas incansablemente.

Estamos frente a una situación que se dio muchísimas veces en las guerras. Las descripciones de la autora nos llevan a interpretar un tiempo imaginario propio de

la Segunda Guerra Mundial y la persecución de los judíos por los nazis. Las vicisitudes de las protagonistas se cargan de emoción e intensidad en las palabras de la niña, la narradora, que, desde su ingenuidad, habla tanto de sus vivencias en un entorno hostil y amenazante como de sus movimientos interiores: su desconcierto, sus dolores, esperanzas y decepciones.

De alguna manera, nos recuerda a *Cartucho*, de Nellie Campobello, en la que también la inocencia de la niña narradora conmueve profundamente al lector.

El tercer lugar correspondió al cuento “Sincretismo”, de Iván Daniel Domínguez Sanz, un texto que exige del lector ir armando la trama y la mente de un protagonista aparentemente inocuo y gris. La obra, al comienzo, nos hace pensar en un personaje plano y, más adelante, gracias a la habilidad de su creador, nos sorprende con las acciones y reflexiones de la figura principal, que nos llevan a concluir que es un personaje redondo.

Va un párrafo que, con pequeñas variantes, se repite, como la monótona vida del protagonista:

Uno más uno son dos, dos más dos, cuatro. La varianza de ventas cambió en un 5%. El balance es negativo. Horas extras sin paga. Pagar mis estudios. Mariana no se veía tan feliz como de costumbre. *Comand+shift+C*, *Comand+Shift+P*. Dormí cuatro horas. Las Chivas nomás no levantan. Asterisco-cuatro, asterisco-ocho. Me asaltaron. *Comand+shift+Z*. ¿Cómo se hacían las gráficas? Ah, sí. Eso no es así. Me faltan cuarenta balances más. Clic izquierdo, clic derecho. Han pasado doce horas. *Mouse* arriba, sueldo bajo. Uno más uno son dos, dos más dos, cuatro...

Después, ya en evolución, el protagonista narrador relata:

Hora de levantarse. Me voy a lavar los dientes, hay un imbécil en el espejo. ¡Mejor golpeo a ese idiota! El vidrio me corta los dedos, pero no importa, ya no tengo que ver ese asqueroso rostro. Abro mi clóset, puros trajecitos de “Zara”. Nunca había notado lo asqueroso que se ven, no les vendría mal un baño de fuego, no, no les vendría mal. Hace mucho calor en el departamento, mejor me voy a trabajar. El Metro, por fin, está abierto, todos se fijan en mí, les tapan los ojos a los morrillos. Ya sé que estoy prieto, pero no es para que se asusten tanto.

Por otra parte, los cuentos que recibieron una mención especial y que, por su calidad, han merecido ser publicados son:

“El fin de una idea”, de Felipe Barrio Arizpe, quien merece el reconocimiento por crear un cuento de tintes históricos ubicado en una época difícil en la historia de Francia y del mundo occidental; después de todo, la Revolución francesa marcó el fin de una época y una ideología monolítica secular. El protagonista es un hombre honrado que ha participado en el movimiento revolucionario, sumamente comprometido con sus ideales y sincero buscador del bien social. Por eso, no se ha deslumbrado con el triunfo del movimiento y no es ciego ante los defectos que empieza a detectar en la naciente estructura sociopolítica. Es, en pocas palabras, un personaje humanista: crítico, humilde, desinteresado y comprometido. Así habla:

Yo soy de los pocos concejales que está a favor de la religión, la misma religión que Robespierre había denunciado como pro-monárquica. De modo que pienso sobre la efectividad de los últimos gobiernos. Aunque había apoyado la Revolución al principio, ahora no pensaba que teníamos que opinar todos. Ya no creía fervientemente en el artículo 14, en cuya redacción había podido participar, y que habla de que todos tenemos derecho a la contribución pública. Pienso, siendo totalmente antirrepublicano, que necesitamos a alguien que nos lidere. Sin embargo, me vuelvo a poner a pensar en lo sucedido esta mañana, en el lanzamiento de mi candidatura.

La siguiente mención la obtuvo “*Objects in mirror are closer than they appear*” (lo que cuenta un semáforo)”, de Luzmila Betancourt Vázquez, un cuento que tiene un impecable manejo del lenguaje, una construcción de personajes y situaciones precisa y directa y el manejo de la ironía que arranca desde el afortunado título, porque, ¿qué es lo que vemos aparentemente lejos porque no podemos o no queremos ver de cerca lo que no nos gusta? Desde nuestros autos, detenidos en un semáforo en rojo, vemos sólo lo que nos interesa, pero, ¿qué ven los que están afuera?, ¿qué piensan, qué sienten, qué viven esas personas grises que no merecen nuestra atención? Ese niño que nos ofrece unos dulces, esa niña que debe estar pendiente de su hermanito y vender también su mercancía; ese precoz binomio armado desposeído por la vida que se gana, minuto a minuto, semáforo a semáforo, llevarse algo a la boca y llevar algo al lugar que llaman “casa”, ¿qué sufren, sin esperanza, diariamente? Así comienza su día:

— ¡Juan, que ya es tarde! —un tono de cansancio se asoma por su voz— ¡Apúrate, ándale!

Lupe y Juan salen de la choza, la puerta de lámina roza contra el suelo terroso. El umbral de cemento desnudo y sin refinar raspa el hombro de uno; es muy oscuro todavía para ver a quién.

Caminan arrastrando las suelas gastadas y se acomodan los harapos sobre un par de huesos prominentes.

Llegan a una intersección. Ha comenzado a salir el sol. El alba tiñe a los niños con una luz sutilmente rojiza. Han caminado durante dos horas.

Se sitúan debajo de un árbol rodeado de colillas de cigarro y botellas de plástico, tiene pocas hojas. Un par de cordones de zapato suspenden dos tenis rojos sobre la jardinera. La muñeca María saca una caja de mazapanes *La Rosa* de una cangurera colgada alrededor de su cadera, el reboso la escondía.

La caja está magullada, doblada en las esquinas y tres de los diez mazapanes han sido aplastados.

No importa, al fin y al cabo, Juan es el que gana más lana.

Otra mención especial la ganó “Botes de cemento”, de Diego León Ramírez, quien se muestra como un digno representante de la novísima literatura mexicana al abordar un tema que hiere familias y sociedades y nos baña de una sensación de duelo no cerrado: la desaparición de jóvenes, hombres y mujeres que no vuelven a casa y cuya ausencia se llena de interrogantes. El cuento es una denuncia cruda y objetiva de los resultados de la violencia, la negligencia e impunidad y la inseguridad en la que vivimos. Así se vive:

— Ahora, ¿qué pasó?

— Pues, atoraron a un bato que vivía en esta sección con dos cadáveres de mujeres descuartizadas, yo creo que los iba a tirar al canal, siempre los tiran allí.

— ¡Ay, qué feo!

— ¿Te imaginas que los cadáveres sean hijas de la señora Flor y de la señora Rebeca?

— Ay, ni lo mande... a esas señoras las conozco desde que desapareció tu hermano, ellas ya llevaban tres años buscando a sus hijas, o sea, que ahorita ya llevan ocho...

Llevo a mi mamá a su cama casi cargando, está muy débil y no habla para nada, le preparo un chocolate para que se le suba la presión. ¿Qué estará pensando mi mamá en estos momentos?... ¿qué hacemos si entre esos cadáveres está mi carnal?... por fin dejaríamos de buscar, pero... ¿qué pasará con mi mamá?

Con diálogos bien contruidos gracias a un lenguaje que refleja el perfil de los personajes, pocas descripciones y reflexiones honestas, el cuento nos duele y no nos permite cerrar los ojos.

La siguiente mención correspondió al cuento “*Mutatio modus operandi*”, de Paola González Mota. Llama la atención que un cuento escrito en pleno confinamiento por causa de la pandemia mundial que azotó desde principios de 2020, en el que todos dependemos de los medios de comunicación a distancia, la autora decida crear un texto que denuncia la dependencia a tales medios que llegamos a desarrollar, llegando, muchas veces, a arruinar nuestras vidas. Mas, no deja de ser cierto que hay quienes, desde antes de la pandemia, estaban autoencadenados a las redes

sociales, a los mensajes vía celular, a los *likes*, a las *selfies* y demás... Veamos:

Lunes 26, 7:00 am

Suena la alarma, dejas pasar la luz que se filtra por las cortinas del cuarto a tus párpados; abres los ojos lentamente y estiras la mano dando ligeros golpes en la pantalla del celular que se encuentra en la mesa a un lado de tu cama, apagas la alarma y te sientas al borde de la cama.

Con las manos heladas, desbloqueas el celular y abres directamente tu red social favorita para ponerte al corriente de todo lo que pasó mientras dormías: te sorprende que Carla, tu amiga de la secundaria, se acaba de casar y compró una casa con su marido, y que Montse regresó a comer sano y hacer ejercicio. Te pones a ver, por horas, los chismes y las fotos nuevas que publicaron las Kardashians; luego, tu dedo se comienza a cansar de dar *retweet* a cada comentario que ve en la plataforma hasta que, en un instante, se te ocurre ver la hora en la parte superior de la pantalla del celular y te das cuenta de lo tarde que se te está haciendo. Te apresuras a ponerte las pantuflas y a caminar hacia la cocina, pero te detienes en el espejo, te observas unos minutos con cara de insatisfacción y te pones a pensar en ese grano que no estaba allí el día anterior, en lo respingada que podría estar tu nariz y en los kilos que se notan de más.

Sin embargo, ¿qué pasa cuando la protagonista se queda sin su celular? Vale la pena leerlo.

También recibió mención el cuento “Todo fue por mí”, de David Sorrosa Hernández, quien, merece decirlo, ganó dos menciones en esta convocatoria. En este

cuento, Sorrosa aborda un tema rural doloroso y real: la violencia intrafamiliar; en él, la protagonista, María Casablanca, ha sido obligada a vivir bajo un yugo que la mina día a día sin aparente salida.

Escuchemos al narrador:

Casablanca se había casado con Nader diez años atrás, cuando su padre, Don Rogelio Casablanca, un viejo alcohólico y adicto al juego de cartas, la apostó. Esa noche de juegos, apostó y perdió ocho fanegas de maíz, una escopeta de cazar venados, dos burros de carga, cuatro gallinas y tres mil pesos en una sola noche y, cuando ya no tuvo nada que apostar, decidido, apostó a María, que era su hija menor [...]

Y, más adelante:

María se salió del pequeño camino que empezaba a perderse a los pies del cerro, siguió corriendo y, cada vez, escuchaba más cerca la voz de Benjamín. Siempre que se encolerizaba por pequeñas cosas y agarraba el machete o la escopeta y se echaba detrás de ella.

¿Cómo salir de ese infierno?, ¿cómo conjura una mujer desesperada la maldición que cayó sobre ella siendo totalmente inocente? Con un lenguaje directo y sorprendentes situaciones (¿realismo mágico?), el cuento se desarrolla con una creciente tensión.

Y, nuevamente, David Sorrosa Hernández, ahora con el cuento “La culpa nunca fue mía”, que mereció otra mención. A pesar de que esta obra del joven escritor, como

la anterior, se desarrolla en un ambiente más bien rural, el tema nos sorprende. Veán cómo abre:

Al término del mes de agosto, el pueblo volvió a amanecer con cinco bebés muertos, con éstos ya eran diecinueve casos en el transcurso de los últimos tres meses. Presentaban los mismos rasguños por toda la cara, se miraban lánguidos, como si algo se hubiera alimentado de sus líquidos hasta saciarse por completo; traían los piquetes en el lado izquierdo del cuello y, alrededor de esas pequeñas roturas, el color verde que era distintivo en los otros catorce recién nacidos que amanecieron sin vida al final de los tres meses anteriores. No se sabía cuál era el origen de aquellos actos tan crueles, pero en el pueblo, de no más de setecientos habitantes, empezaban a culpar a la familia de indios establecidos cerca de una pila de agua que había llegado hacía apenas tres meses.

¿Vampiros en el medio rural mexicano?, ¿se refiere a un chupacabras que prefiere la sangre de niños de meses? Poco a poco, nos vamos adentrando en un ambiente cargado de leyendas ancestrales ante el desconcierto del médico y sus conocimientos científicos.

Escuchemos a uno de los personajes:

— No lo pude matar, salió por la ventana y se fue corriendo hacia la pila de agua. Era alto, huesudo, de poco pelo y tenía la cabeza como de un perro con cara de armadillo. No pude matarlo —gritaba el tío de Prudencia a la gente que estaba en la casa.

Estupendamente escrito y con un gran manejo del suspenso, teniendo un pueblo que, de pronto, es un personaje a modo de *Fuenteovejuna*, el cuento no deja nada qué desear.

Vayamos a la última mención, al cuento “La bella”, de Sandra Hernández Barrón, un texto que, al ser narrado por el protagonista en un monólogo compartido desde su sufrimiento y enfermiza obsesión, está envuelto por una atmósfera de angustia que también envuelve al lector.

Así empieza:

No iba a hacer nada esa noche. Al salir del trabajo, mi rutina diaria se había convertido en ir por el auto a un estacionamiento cerca de la oficina y, luego, directo a casa, probablemente a dormir, si es que su recuerdo me lo permitía. El camino era borroso, como de costumbre, mis ojos, que sufrían ya por la falta de lágrimas, enrojecidos, me permitían a penas ver manchas inciertas de lo que estaba a mi alrededor. Maldecía todo lo que se pudiera, maldecía el ruido, el camino, el aire, la gente, la maldecía a ella. No sé cuántas veces le había llorado ya, pero siempre me decía que no importaba, podría hacerlo mil veces más. Tú cambiaste mi idea esa noche.

Mas ese aparente personaje gris y un tanto ácido, sin embargo, se devela, poco a poco, hasta que descubrimos cuál es su sorprendente realidad.

Veamos cómo se va desnudando:

Supongo que te diste cuenta cuando me volví para seguirte, porque el ritmo perfecto del “tap tap” que llevabas con el golpe de tus tacones aceleró de repente. ¿Por qué huías? No tenías que temer, no tenías que escapar ni dejarme, no como ella. Yo sólo quería cuidarte, no podías caminar sola de noche, era peligroso, quería llevarte a casa, ponerte a salvo. ¡Tú debías quedarte conmigo, eras mejor que ella!... No, perdona, perdón que me he alterado, es sólo que no entiendo por qué no pueden apreciar lo que hace uno por ustedes. Todas las mujeres son iguales.

La autora construye un protagonista masculino enfermo, perfectamente perfilado, que, a pesar de su mente confusa, vemos consistente y, dentro de su mundo, lógico.

Bien, espero que con lo anterior puedan darse una idea de la riqueza y diversidad de los cuentos de esta antología. Creo que, después de este recorrido, podemos afirmar, sin mentir, que nuestros jóvenes narradores tienen un camino abierto como escritores; sus mundos son recreaciones de eso que llamamos “realidad” (y no olvidemos que los frutos de la memoria y la imaginación son tan reales como nuestro cuerpo) y nos son ofrecidos con honestidad.

Es sumamente reconfortante saber que tenemos escritores interesados en representar sus pensamientos y emociones a través de la creación literaria, escritores que son promesas esperanzadoras en el horizonte cultural de México y el mundo.

Gracias a cada uno de los ganadores, gracias a sus familias por impulsarlos, gracias a sus colegios por alentarlos. Todos deseamos que la literatura siga de fiesta y nos invite, como hoy, a festejar con ella. ¡Jóvenes creadores mexicanos, sigan amando la literatura!

Cuajimalpa, diciembre de 2020.

Ella viene los sábados

Jimena Cuevas Sánchez

El departamento del señor Álvarez no era muy amplio pero, aun así, él decidía pasar la mayor parte del tiempo en su sala, recostado en un sillón color café de piel desgastada por el tiempo y uso. En ocasiones, se levantaba y merodeaba por su pequeño departamento, perdiéndose en pensamientos que no siempre recordaría después. Dejaba también el sillón si iba al baño o por algo de comer. El señor Álvarez no rebasaba los cincuenta años, vivía solo y su puerta siempre tenía las cerraduras puestas. Rara vez salía ya de su casa y sólo su hermana iba a visitarlo. En ocasiones, recibía llamadas de ella preguntándole: “¿Cómo estás?, ¿cómo te sientes?, ¿quieres que vaya a verte?”, a las que el señor Álvarez daba cualquier respuesta. Sabía que, no importaba lo que contestara, su hermana iría a verle puntualmente cada sábado.

La rutina de cada visita era la misma. Al oír el timbre, un hombre esquelético y algo canoso se levantaba mareado del sillón. Con pasos inestables y poco firmes, el señor Álvarez se dirigía a abrir la puerta y tras ello, regresaba tambaleándose al sillón. Su hermana entraba poco después, siempre procurando una sonrisa. Un olor a sudor, cigarro y alcohol invadía en todo momento el aire del departamento. Para su hermana, el hedor parecía

incrementarse en cada una de las visitas que realizaba; no obstante, lograba ocultar de una manera admirable la repugnancia que la mezcla de malos olores le provocaba.

La hermana del señor Álvarez se sentaba en un sillón reclinable que ella misma había comprado para su hermano, quien rara vez lo utilizaba. Luego de una conversación (que más bien parecía un monólogo interrumpido acaso dos veces por su hermano), se levantaba y recogía las botellas y latas vacías dispersas en la mesa de centro. Limpiaba ceniceros que vomitaban colillas y reunía más botellas conforme las encontraba al asear el resto del departamento. Obligaba al señor Álvarez a que se duchara y, mientras él lo hacía, ella preparaba la comida que su hermano dejaría básicamente intacta. No mucho tiempo después, vería a su hermano con la mirada perdida sentado en el sillón, y con un suspiro diría: “Cuídate Luis”, cerrando tras ella la puerta del departamento en donde vivía un hombre casi olvidado.

El departamento del señor Álvarez se volvía frío en los primeros días de noviembre, cuando la luz del sol entraba sólo unas horas en la mañana; y las noches, cuando el frío se volvía más intenso, le parecían eternas. Dormía tarde y poco, usualmente se desvelaba bebiendo.

Los episodios comenzaron unos días después de recaer, hacía ya dos meses, cuando dejó de ir a rehabilitación. Durante el primer mes, ocurrían espaciados; conforme fue avanzando el tiempo, sucedían más seguido. Ahora era a diario.

La madrugada del jueves 14 de noviembre, el señor Álvarez, botella en mano, se quedó dormido poco después de las dos de la mañana. Un zumbido corto y agudo

en el oído le hizo abrir los ojos que tardaron un par de segundos en adaptarse a la oscuridad que gobernaba la sala. El teléfono comenzó a sonar y el señor Álvarez hizo un esfuerzo por enderezarse a contestarlo. Su cuerpo no pareció responder, se sintió rígido, como si una fuerza ajena le empujara cada vez más profundo en el sillón. Comenzó a respirar agitadamente. Gotas de sudor frío le recorrían la espalda y la frente, algunas le caían en los ojos provocando que éstos parpadearan y se movieran sin un control aparente. El teléfono calló por un momento y sólo escuchó su propia respiración. De algún lugar lejano llegaba el bullicio de una conversación ininteligible, música, carcajadas y voces provenientes de un sitio que él no podía identificar. Reconoció el timbre de la risa de su hermana y, a partir de ese momento, no pudo dejar de escucharla. El alboroto de fondo pareció difuminarse hasta dejar aislada esta risa que él conocía perfectamente. Intentando calmarse, pero todavía riendo, su hermana comenzó a hablar: “Ay, Luis”, comenzó, “de verdad que no sé en qué momento te pusiste así”. Con cada palabra, el señor Álvarez sentía que se hundía más en el sillón, sin poder moverse para salir de ahí. Su hermana seguía hablando entre risas: “A veces me pregunto si vale la pena seguir visitándote. ¡De verdad, estás peor cada vez!”. Estalló entonces en una carcajada que hacía regresar por unos instantes la música y las conversaciones anteriores que eran calladas definitivamente por un sonido ensordecedor de vidrios al romperse.

El señor Álvarez se encontró nuevamente envuelto en un silencio casi absoluto, en el que el ruido del refrigerador se sobreponía al del segundero del reloj contiguo a

su sillón. Sintió cómo la fuerza que lo hundía en el sillón desaparecía súbitamente; su respiración comenzó a tranquilizarse a medida en que su cuerpo iba recuperando la sensibilidad y el movimiento. Se sentó para revisar si tenía algún mensaje en el teléfono, mas no se sintió sorprendido al ver sólo la hora en la pantalla. El señor Álvarez caminó a tientas hacia la habitación, palpó el pequeño buró al lado de su cama y logró encontrar un portarretratos. Regresó a la sala con él y le hizo espacio en la mesa de centro, colocándolo entre latas vacías y botellas medio llenas. Se dejó caer en el sillón y, entre lágrimas, volvió a quedarse dormido.

El reloj marcaba la una de la tarde cuando Luis Álvarez despertó ese jueves. Recordaba ligeramente el evento de la noche. La pesadilla era recurrente, variando sólo en las palabras de su hermana quien, si bien reía, se expresaba mejor con un llanto. La noche llegó pronto y todo se produjo de nuevo. Las primeras tonadillas del teléfono paralizaron el cuerpo del señor Álvarez; su mirada, fija hacia arriba, le engañaba haciéndole creer que el techo se alejaba más de él. Comenzaron los murmullos y las risas. Su hermana empezó a hablar: “¡Pobre Luis!”, exclamaba sin dejar de reírse. “En verdad es una pena...”, se detuvo un momento, la seriedad se apoderó de su tono de voz: “Lo siento muchísimo”. El crujido de los vidrios al estallar lo hicieron volver en sí.

Un par de lágrimas cayeron de la comisura de sus ojos al sillón sin recorrer sus mejillas. Sintió la espalda empapada en sudor y comenzó a moverse lentamente. Se incorporó despacio hasta sentarse. Estiró su brazo para alcanzar el retrato que había llevado la noche anterior

a la mesa de centro y lo sostuvo firmemente por unos segundos. De haber tenido más luz, vería con claridad la foto con sus dos hermanos sonriendo en la última reunión que habían tenido, cuando cumplió un año de sobriedad. No mucho después fue cuando recayó.

Se recostó otra vez y se llevó la foto al pecho. Cerró los ojos e intentó volver a dormir. El viernes por la mañana, cuando despertó, el señor Álvarez se encontraba muy inquieto. Caminaba angustiado de la sala a la habitación, de la habitación a la cocina y volvía a la sala. El alcohol no parecía tener efecto alguno para calmar su ansiedad. El tabaco no lo tranquilizaba. Comió lo que encontró en su refrigerador y siguió bebiendo. A eso de las ocho de la noche, entró al baño para mojarse la cara. Escuchó un zumbido muy agudo y cayó inconsciente. No supo cuánto tiempo estuvo tendido ahí; como fondo se escuchaban risas y murmullos, predominando siempre la voz de su hermana.

Los vidrios rotos coincidieron con el timbre del departamento. No sabía si era la primera vez que sonaba ni tampoco pudo distinguir cuál de los dos sonidos fue el que le despertó. Se concentró en recuperar la movilidad de su cuerpo y, con un esfuerzo enorme, se puso en pie. Percibió los ruidos de una conversación que parecía provenir detrás de su puerta y se dispuso a caminar hacia ella. Avanzó despacio y recordó qué día era. El 16 de noviembre era su cumpleaños y, además, coincidía con la visita de su hermana, pues caía en sábado. Sus labios dibujaron una ligera sonrisa. Se había desviado tanto en sus pensamientos que no notó cuando la charla detrás de su puerta se desvaneció.

El señor Álvarez se recargó en la pared de costado a su puerta y se deslizó hasta sentarse en el piso. Había estado ahí un buen rato cuando los rumores llegaron de nuevo. Percibió cómo se acercaban, pero nunca logró entender la conversación. Las voces tardaron el tiempo suficiente en llegar al otro lado de la puerta, permitiendo que Luis Álvarez se levantara y comenzara a quitar las cerraduras. No había terminado de hacerlo cuando la puerta se abrió, dejando ver del otro lado a sus hermanos y dos viejos amigos suyos. Un hombre, con una caja de herramientas a sus pies, estaba de frente al señor Álvarez, quien pudo ver que las cerraduras habían sido forzadas.

No tuvo tiempo para reclamar. El cerrajero permaneció fuera del departamento, mientras que los hermanos y los dos amigos pasaron de largo a Luis y entraron deprisa. Luis permaneció cerca de la puerta, mareado y sin comprender la situación. Su hermana pegó un grito ahogado y dejó caer los refractarios con la comida que había traído. El estruendo de los vidrios rotos hizo que el señor Álvarez se aproximara a la sala en donde todos estaban congregados.

La escena frente a sus ojos le impidió moverse. Advirtió pronto que, a pesar de estar parado, sus extremidades estaban rígidas y no podía dar un paso más. Reunidos alrededor de la mesa de centro, los hermanos y amigos del señor Álvarez buscaban algo en su ropa con qué cubrirse la nariz.

Los sonidos y las voces presentes en su departamento invocaron vívidamente aquéllos del sueño recurrente en el que parecía estar atrapado. Con el cuerpo todavía

entumecido, oía a la distancia frases incompletas de emisores confusos:

— ¡Ay, Luis!

— ¡Pobre!

— En verdad...

— Es una pena.

— Lo... lo siento muchísimo.

Reconoció la única voz femenina pidiendo a alguien que llamara a emergencias. Sorprendido, pudo observarse pálido, inmóvil, inerte en el sillón, apretando contra su pecho el portarretratos, la foto hacia abajo. Al verse a sí mismo, desde fuera, recordó al fin haberse quedado dormido en esa posición el viernes por la madrugada. Su cuerpo por fin empezó a relajarse, en el momento que escuchó las palabras de su hermana, una voz querida: “avísale a papá que Luis murió”.

El amor a la vida

Itzia María Juárez Téllez

Mi nombre es Sara Marcel, nací el 9 de abril de 1932 en Israel. Mi padre era un carpintero, aún recuerdo los juguetes que me fabricaba, la mayoría de las veces eran pirinolas con figurillas de lo más sencillas, pero para mí cada una de ellas era inigualable y valía más que todos los séqueles del país.

Mi madre era ama de casa, era la limpiadora más rápida y eficiente de los alrededores y, a pesar de siempre traer algún producto de limpieza en la mano, su olor era exquisito, recuerdo que era una combinación entre vainilla y ¿lavanda? No tengo idea, sólo sé que olía muy bien; solía abrazarla solamente para olerla porque me reconfortaba, tanto en los días buenos como en los malos.

Ellos juntos eran la pareja perfecta y yo envidiaba el amor que se tenían el uno por el otro, ojalá hubiera encontrado a alguien que me amara tanto como mi madre amó a mi padre; aún, cuando me esfuerzo, logro recordar la mirada de amor que mi padre le dirigía a mi madre cuando llegaba a la casa.

— Hoy sí comemos —era lo que él gritaba cada vez que cruzaba el umbral de la puerta de nuestra humilde casa.

Su historia, de hecho, está llena de altibajos: se conocieron gracias a un cliente de mi papá, el señor Adler, quien le había encargado una sillita para su primogénito, así que él, rápidamente, se puso a diseñarla y, en cuanto la tuvo lista, fue a entregarla; pero en el camino se encontró con una joven muy bonita (por si aún no se lo imaginan, hablo de mi adorada madre) quien, en cuanto lo vio, cayó rendida a sus pies (o eso es lo que dice mi papá; sin embargo, mi mamá decía que ni siquiera recuerda haberlo visto, aunque sospecho que es mentira, ya que siempre lo contaba con una sonrisa en la cara, queriéndose aguantar la risa).

Desafortunadamente, aquella chica sólo estaba de visita en el pueblo y mi padre cometió el terrible error de no decirle ni una sola palabra por miedo a ser rechazado, aunque me confesó que, de inmediato, quedó embelesado con su mirada.

Así que los años pasaron, mi padre continuó con su taller, cada día aumentando más y más sus clientes, y mi mamá prosiguió con su vida aprendiendo las labores del hogar sin saber que su alma gemela estaba cruzando el país.

Pero yo tengo una teoría y es que el amor nos encontrará, sin importar las decisiones que tomemos; el camino derecho o el izquierdo, que elijamos comprar tomates o limones o incluso si le hablamos o no a una persona, el destino nos reunirá con nuestra alma gemela y nosotros decidiremos si aprovechamos o no esa oportunidad.

Así que, reforzando mi teoría, en su siguiente viaje mi madre decidió pasar a ver las hermosas sillas que se asomaban por la vitrina de un local, los detalles y la técnica con la que los habían trabajado eran simplemente

espectaculares, así que decidió preguntar por el precio de una pequeña cómoda y el trabajador no era nada más y nada menos que mi apuesto padre y él, ya con un poco más de experiencia en el ámbito del amor, se atrevió a pedirle una cita.

La cita fue un desastre: mi papá tropezó con el excremento de un burro o caballo, la verdad no importa, así que el resto de la cita él olió terriblemente mal (mi tío Andrew se seguía burlando de su hermano cada que íbamos a su casa). Aun así, a mi mamá le resultó adorable, así que habló con sus padres (mis abuelos) y les dejó en claro su decisión de seguir viendo a mi padre a pesar de que él contaba con escasos recursos; mis abuelos se negaron rotundamente a tal decisión ya que en mi pueblo se tiene la costumbre de casarse por el interés y no por el amor; le prometieron a mi mamá que con el tiempo llegaría a apreciar a quien fuera su esposo, pero que no le permitirían casarse con mi padre.

Mi padre entonces decidió que trabajaría arduamente para poder demostrarle a los que serían sus futuros suegros que él era lo suficiente para su hija. Y lo logró. Después de dos largos años de peleas y negociaciones, mi padre y mi madre finalmente vivieron juntos; ella dice que estuvieron a punto de fugarse en cuanto le negaron casarse con él, pero que afortunadamente no lo hizo porque así le dio tiempo de conocer a mi padre, darse cuenta de sus virtudes y sus defectos, además de fortalecer su amor con la relación a distancia.

Después de dos años de vivir juntos, nació yo, una niña juguetona y llena de preguntas respecto al cómo funcionaban las cosas; mi padre siempre intentaba responder

todas mis dudas y si no sabía la respuesta, la inventaba. Cuánto lo amé. Amé mucho a mi familia.

Y él también nos amaba, siempre nos lo decía, a mi mamá incluso se lo demostraba con besos en la boca, los cuales me resultaban asquerosos, intercambiaban pura baba. ¡Guácala!

Todo el tiempo había besos, cuando se despertaban, cuando mi papá preparaba el desayuno, cuando mi mamá se enojaba, cuando mi papá se despedía de nosotras y también cuando regresaba del taller; siempre se besaban y después se sonreían el uno al otro. O al menos hasta el último día que lo vi con vida.

A mis siete años, mi padre llegó y estrepitosamente abrió la puerta.

— Vámonos —dijo mi padre con voz autoritaria y mirada fría, mi madre no tuvo tiempo de procesar nada, me tomó de la mano y nos fuimos de mi casa, no tomé ni mis pirinolas ni mis muñecas, no tuve tiempo de recoger mis zapatos y mucho menos tuve tiempo de tomar una botella de agua, nos adentramos a un futuro incierto.

Al salir de la casa nos encontramos con el olor a muerte y el sonido de la tragedia. Amanda, nuestra vecina chismosa, como solía llamarla madre, tenía a dos hombres encima, ella parecía triste, incluso más que yo cuando mi madre no me compraba un caramelo de cereza en la tienda de los Muller, los hombres la golpeaban y le decían de cosas.

Nos fuimos sin dirigir una segunda mirada.

Después de cruzar el pueblo, mi padre le dijo unas palabras inentendibles a mi tío (el hermano burlón de mi papá); al parecer, nos iban a llevar a otro lado, pero yo

no entendía por qué, me refiero a que tenía unos cereales que me esperaban en casa y, si no llegábamos rápido, puede que mis primas se los devoraran.

Nos subieron a una carreta, primero yo, luego mi mamá y, hasta el último, pero no menos importante, mi padre. Pero él no subió: un señor uniformado le había disparado y mi tío, y mi tío, en lugar de ayudarnos a mi mamá y a mí a salvarlo, nos sacó de ahí; yo gritaba, fuerte, muy fuerte para que mi padre supiera que quería estar con él, pero mi madre me tapaba la boca, no sabía por qué, ¿es que acaso ella ya no quería estar con él?

A partir de ahí, todo es borroso, no sé ni cuántos días estuvimos en esa carreta, no había tiempo para ir al baño, mi madre lloraba la mitad del tiempo y la otra mitad estaba perdida en la nada... Perdió las ganas de vivir.

Yo le suplicaba que me diera algo de comer o algo de ropa limpia, no me gustaba estar sucia, me habían enseñado que las niñas buenas no se hacían encima, pero eso ya no importaba, ya no más.

Y cuando, por fin, nos detuvimos, nos esperaban unos señores que tenían un hijo muy guapo, todo hay que decirlo, y me dio coraje porque él, con sus rizos de oro, su peinado perfecto y sus hoyuelos, simplemente estaba espectacular mientras que yo estaba sucia y, de seguro, mi cara tampoco era de lo más fácil de ver.

Aquellos señores nos ocultaron por un tiempo; nos dieron comida, ropa y agua, y su atractivo hijo, de nombre Klaus, era muy amable e, incluso, me contaba chistes que yo no entendía pero, obviamente, por educada, me reía de ellos.

Bueno, Klaus era más que un simple amigo, era mi media naranja, el amor destinado, el final de mi hilo rojo... Ya, perdón, es sólo que estaba profundamente enamorada de él, a diario jugábamos a más no poder; incluso, un día, jugamos a los novios y besar ya no me parecía una actividad asquerosa, de hecho, se había vuelto una actividad de lo más interesante.

Sin embargo, como todas las relaciones perfectas y destinadas a durar para siempre, un día tuvimos una fuerte discusión, mi amado (amigo, por el momento) me dijo que había visto que mi madre y el tío Andrew se habían besado en la cocina el día anterior, cosa que era totalmente falsa. ¡Mi madre y mi tío no podían estar juntos!, ¿cómo era posible que Klaus lo sugiriera?

El enojo se me pasó en cuando Klaus me abrazó pero, aun así, me preocupaba que mi madre hubiese olvidado a mi papá y, todavía peor, con su hermano.

No me dio tiempo de comprobar si lo que había dicho Klaus era cierto o no porque, al día siguiente, unos soldados, que portaban el mismo uniforme que el del señor que había matado a mi papá, tocaron la puerta y nosotros, como ya lo habíamos ensayado muchas veces, nos escondimos en una alacena vacía; al parecer, nos estaban buscando y, por suerte, no nos encontraron. Sin embargo, esa misma noche tuvimos que volver a irnos y le tuve que decir adiós a Klaus, el amor de mi vida.

Después de una noche, mi tío dijo que necesitaba dormir, así que nos detuvimos cerca de un río y nos acurrucamos con frío porque, si usábamos algo de fuego, nos descubrirían.

Mas, no fue suficiente, el grito de mi tío me despertó, tenía un cuchillo en... No me gusta recordarlo. Después de matar a mi tío, me voltearon a ver, pero mi mamá fue más rápida y me apartó. Como castigo, la violaron. En ese momento, no comprendía lo que estaba pasando; eso fue tiempo después; entonces lo único que quería era volver a esas tardes en las que me la pasaba jugando con mi papá a las escondidas mientras mi mamá cantaba de fondo alguna canción; me aferré a ese momento por cuatro o cinco horas; ya no recuerdo ni cuánto tiempo mi madre estuvo así de vulnerable.

Al final, los soldados nos dejaron; ayudé a mi mamá a vestirse con la ropa de mi tío, ya que la suya estaba desgarrada, y aprendimos cómo echar a andar a nuestra carreta.

Vivimos años difíciles, de casa en casa. Poco a poco, mi mamá me revelaba cuál era nuestro siguiente destino que, por lo general, eran casas de clientes alemanes de mi papá... mi papá... Cuánto deseaba que estuviera ahí con nosotros, contando siempre la misma historia con chistes tontos.

En una ocasión, una chica nos brindó su casa, mi padre le había construido su comedor y ella nos ocultó en su sótano, que era un lugar muy hermoso, aunque, en las noches, hacía un terrible frío, así que tenía que despertarme, hacer un poco de ejercicio para entrar en calor y, después, dormir; supongo que no era muy discreta, ya que Susana, la chica que nos acogió, a la semana, entró al sótano y me preguntó el motivo de mi desvelo, al explicarle algo apenada, la situación, ella sólo sonrió y

me llevó a una habitación en donde había un saco colgado del techo; me explicó que ella, cada vez que estaba enojada, usaba ese saco para darle unos buenos golpes y que, si algún día lo necesitaba, podía usarlo. Y así lo hice: los siguientes seis meses que estuvimos ahí, cada noche iba y sacaba todo lo que tenía por dentro. En cambio, mi mamá lloraba más que nunca, no hubo noche en que no llorara; con la muerte de mi tío los llantos se incrementaron y, en cuanto entendí el porqué, la enfrenté y le pregunté qué tan lejos había llegado con mi tío; le reclamé por qué había olvidado a mi padre tan rápido, fue lo más maduro de mi parte, pero entiendan que tenía once años y la madurez aún no era parte de mi personalidad.

Ella me confesó que únicamente habían sido un par de besos y que no estaba orgullosa de eso, que sólo pasó y, por más que lo quiso evitar, no tuvo opción, que mi tío Andrew era un buen hombre y que por ningún motivo había olvidado a mi padre, que sólo quería salir adelante porque el recuerdo constante de su muerte la estaba desgarrando.

Lo entendí, no al principio, reconozco que actué de manera infantil pero, al pensarlo unos segundos, me di cuenta de que ella no sólo había perdido al padre de su hija, ella también había perdido a su alma gemela, su casa y su estabilidad, en pocas palabras, ella había perdido su vida y no tenía tiempo para lamentarse, ya que tenía a una hija que sacar adelante en esa crisis.

Sobrevivimos ocultas en el anonimato, evitando la luz, y, en las noches, dormíamos en botes de basura o debajo de autos; de vez en cuando, en casas de los clientes de mi padre, siempre procurando no ser fáciles de visualizar.

Mi madre aún cargaba con el gorro que usaba mi tío, era como su ancla para mantenerse fuerte y no derrumbarse; en cambio, yo me aferraba al reloj que Klaus me había regalado la noche en la que nos fuimos de su casa.

— Para que no me olvides — fue lo que me dijo mientras me abrazaba y, acto seguido, me dio un beso en la mejilla, ¡qué vergüenza!, no me pude contener y me sonrojé, lo bonito es que a él también se le enrojecieron las mejillas, lo que causó que apareciera una gigantesca sonrisa en mi rostro. Y después de tantos meses, conservaba en mi muñeca el reloj, como si esperara poder devolvérselo algún día.

No lo hice.

A mis doce años, mi madre me dijo que regresaríamos a casa de Klaus, el amor de mi vida; ¡estaba tan emocionada!, me puse mi mejor atuendo y nos fuimos. Al llegar, lo vi, era incluso más perfecto de lo que recordaba y su peinado seguía igual de brillante y, en cuanto llegamos, me saludó de beso, ¡DE BESO! Había esperado larguísimo años por eso. Apenas me dio tiempo de decirle que lo había echado de menos porque, de inmediato, sus padres nos ofrecieron pasar al comedor y empezar a cenar y, debido al camino de más de doce horas que habíamos hecho, lo último que haría sería desaprovechar ese festín.

Todo era perfecto, los padres del que sería mi futuro esposo contaban diversas anécdotas de familia. Ya habíamos tenido momentos de tranquilidad a lo largo de estos años, pero ninguno parecido a eso; la serenidad que existía era tan exquisita que parecía un cuento de hadas... hasta que oímos cómo tiraban la puerta: eran soldados. Mi mamá y yo habíamos aprendido a defendernos y, déjenme decirles

que íbamos ganando, y por mucho; cuando, de pronto, oí un disparo y mi estómago empezó a calentarse, sentí cómo la sangre empezaba a deslizarse por mi espalda; me di la vuelta y lo vi: mi primer amor, el chico que me había robado el corazón, ahora también me había arrebatado la vida. Mi madre gritó y ya no se defendía; yo le quería decir que huyera, que se fuera a otro lado pero, simplemente, no pude. Me desvanecí y, lo último que vi fueron esos rizos tan perfectos, tan hermosos... y, como si fuera un libro, lo leí, leí su mirada, supe que estaba arrepentido, pero que amaba más su vida que a mí.

Sincretismo

Iván Daniel Domínguez Sanz

Odio el maldito Metro en hora pico. Los cuerpos se unifican, forman una gigantesca masa cuyo único medio de interacción son los insultos, arrimones y, sobre todo, la humedad impregnada en los tubos. Muchos de nosotros ya estamos acostumbrados, aunque no por eso nos deja de disgustar. A veces pienso en cómo en un mismo lugar pueden coexistir tantas realidades: niños llenos de energía, padres desgastados, incapacitados gritando por una moneda. El menor envidia al mayor, el adulto al joven, y el incapacitado a todo el mundo.

Cada día, los caminos son más cortos, sobre todo cuando tienes los siempre confiables audífonos para tapar el ruido de un estómago vacío. Probablemente no tendría tanta hambre si no me hubiera gastado la mitad de mi quincena en botellas de tequila; pero, cada momento en el que estoy alejado de las plantillas de Excel o de los baños de sudor comunal, hay motivo de celebración. Sin embargo, hoy es un día común. Un asiento frente a un monitor será mi hogar durante las próximas ocho horas (espero).

Uno más uno son dos, dos más dos, cuatro. La varianza de ventas cambió en un 5%. El balance es negativo. Horas extras sin paga. Pagar mis estudios. Mariana no

se veía tan feliz como de costumbre. *Comand+shift+C*, *Comand+Shift+P*. Dormí cuatro horas. Las Chivas nomás no levantan. Asterisco-cuatro, asterisco-ocho. Me asaltaron. *Comand+shift+Z*. ¿Cómo se hacían las gráficas? Ah, sí. Eso no es así. Me faltan cuarenta balances más. Clic izquierdo, clic derecho. Han pasado doce horas. *Mouse* arriba, sueldo bajo. Uno más uno son dos, dos más dos, cuatro...

Ya había olvidado cómo era el mundo lejos de un monitor. Menos mal que no se ha ido el vendedor de agua de coco. Lástima, se le acabaron. Por lo menos, el Metro sigue abierto, aunque no por mucho. Bajo las escaleras huele a orina, un vagabundo acostado. No hay señales de vida por ningún lado, salvo por la chica que acepta de mala gana mis cinco pesos. Llevo esperando quince minutos el estúpido vagón y, atrás de mí, alguien anda hablando solo. No aguanto, no agua... no hay nadie. Sigo escuchando sus voces, pero lo único que hay es un montón de periódicos viejos, un estuche de condones abierto y una piedra, que me imagino que es azteca, pegada a la pared. Me llama, me quiere decir algo, no le entiendo. ¡Me está gritando!, ¡Deja de gritar!

— Joven, ¿se encuentra usted bien? —pregunta la chica de los cinco pesos.

Se acerca el Metro. Oí unos tambores. Las luces me dan directo a los ojos, veo una serpiente, oigo un grito.

Estoy en mi cama, bueno, sofá-cama. Abro el celular para checar que el vecino no haya cambiado la contraseña del wifi; no lo ha hecho. Al parecer, este día empieza bien para Juan Carlos, ojalá todo siga así. No recuerdo cómo llegué a mi casa, pero eso no importa ya, para este

momento debería de poder llegar dormido. Son las 7:30 de la mañana, tal vez sería más conveniente que me atropellara un coche en lugar de ir a trabajar hoy, pero quiero comer unas carnitas. Ni modo, tendré que posponer mi muerte otro día más.

Bajo las escaleras huele a orina, un vagabundo acostado. ¿Cerraron “Cuatro Caminos”? ¡Maldito Mancera!, ¿también cerraste el Metro para los ciclistas? ¡Hijo de la chi...! Espera, parece que no fue ese imbécil... ah, ya entiendo. Parece que alguien se me adelantó y se aventó a las vías del Metro (o eso dice la señora de enfrente). Debería de convertirme en profeta, ni siquiera lo dije en voz alta y ya andan siguiendo mis ideales. Lo mejor será tomar el microbús.

Uno más uno son dos, dos más dos, cuatro. La varianza de ventas cambio en un 7%. El balance es negativo. Horas extras sin paga. Pagar mis estudios. Mariana no se veía tan feliz como de costumbre. *Comand+shift+C*, *Comand+Shift+P*. Dormí tres horas. Las Chivas nomás no levantan. Asterisco ocho, asterisco cuatro. Me asaltaron. *Comand+shift+Z*. ¿Cómo se hacían las gráficas? Ah, sí. Me equivoqué. Mi jefe me regaña. Me faltan cien balances más. Clic izquierdo, clic derecho. Han pasado 12 horas. *Mouse* arriba, sueldo bajo. Uno más uno son dos, dos más dos, cuatro...

El día de hoy me pareció igual de monótono que el resto. Mi jefe amenazó con despedirme, tal vez sólo está intentando motivarme. Igual nada de esto importa, hoy voy a ver a Mariana en “El Moro”. Cada vez, el trabajo me ha permitido verla menos, pero, aunque no le dedique una canción, nada me hace más feliz que dedicarle mi

quincena. Ella estaba apagada, callada, pero la tensión hacía un sonido insoportable; mis ojos se perdieron y mi tímpano dejó de funcionar. No eran necesarias las palabras para entender que nuestra relación se había desvanecido como los granos de azúcar dentro del chocolate caliente. Se fue. Lo único que veía: el churro que había dejado encima de la mesa. Estático, me había convertido en una escultura dentro del restaurante, sólo que, a diferencia del David, yo no era guapo, ni fornido y, mucho menos, una fuente de dinero; así que no tardaron en echarme a la calle para darle espacio a una pareja de gringuitos.

Cuando pasé frente a la estación del Metro, se me hizo chistoso (y a la vez triste) que la chava que había muerto en las vías probablemente la estaría pasando mejor que yo. Quise buscar en Google la noticia, pero en Facebook encontré fotos de mayor calidad. Me sorprendí cuando vi que la chica no parecía haber sido arrollada, sino acuchillada varias veces: una cuchillada en el abdomen, cuatro en la pierna, cinco en ambos brazos y doce en el tórax. El corazón no fue encontrado en la escena del crimen; estaban su teléfono, su reloj, una billetera que habían reportado que tenía cinco mil pesos, pero el pecho estaba vacío. También leí que, según el reporte forense, el cuerpo se encontró en donde uno espera el vagón, justo al lado de una pieza arqueológica. ¡Obviamente había sido un homicidio! Y pensar que yo estuve en la misma estación ese día... La fortuna decidió salvarme. En fin, no tengo por qué pensar en estas cosas, mejor una “Maruchan” y a dormir.

Uno más uno son dos, dos más dos, cuatro. La varianza de muertes cambio en un 7%. El balance es negativo. Horas extras, más muertes. Pagar por lo que nos hizo. Mariana se veía tan sabrosa como de costumbre. Afilar. Lanzar. Dormí tres horas. Los guerreros nomás no levantan. Mueren ocho, ya son nueve. Me acuchillaron. Beban mi sangre. ¿Cómo se destripaban? Ah, sí. Me equivoqué, casi me atrapan. Me faltan cien más. Golpe izquierdo, golpe derecho. Han pasado doce horas; lanza arriba, lastimo abajo. Uno más uno son dos, dos más dos, cuatro...

Hora de levantarse. Me voy a lavar los dientes, hay un imbécil en el espejo. ¡Mejor golpeó a ese idiota! El vidrio me corta los dedos, pero no importa, ya no tengo que ver ese asqueroso rostro. Abro mi clóset, puros trajecitos de "Zara". Nunca había notado lo asqueroso que se ven, no les vendría mal un baño de fuego, no, no les vendría mal. Hace mucho calor en el departamento, mejor me voy a trabajar. El Metro, por fin, está abierto, todos se fijan en mí, les tapan los ojos a los morrillos. Ya sé que estoy prieto, pero no es para que se asusten tanto.

Me subo al vagón. Por primera vez en mi vida me dan espacio. El lugar está abarrotado, pero han formado un círculo alrededor de mí, al fin me respetan, ¡carajo! Llego a la estación; me encuentro con la piedra azteca de frente. Mis ojos se posan en ella y los trazos que antes eran deformes ahora tienen colores y danzan frente a mis ojos. Le doy un beso y me arrodillo ante ella antes de continuar.

Entro al edificio y todos me abren paso. Soy un Dios. ¡Un guerrero! Por fin, todos se dan cuenta de quién soy.

Cuando llego a la oficina, todos dejan de trabajar y me empiezan a mirar atónitos. Ellos lo saben. Acaba de llegar su verdadero jefe, un tlatoani digno, aunque ellos no son tan dignos de presenciar a un ser tan hermoso y poderoso como yo. El idiota que quería despedirme hace unos días, sale y me grita:

— Maney, ¡qué haces desnudo en la oficina!

No entiendo cómo se atreve a hablarle así a un auténtico mensajero de Huitzilopochtli. Tomo un lápiz y lo entierro en su garganta. ¡Qué rico sabe la sangre fresca! Agarro el sacapuntas eléctrico, lo rompo, y uso la navaja para abrirle el pecho. Fuentes de agua roja saltan hacia mi boca, ¡todo mi cuerpo lleno de color!, ¡lleno de guerra!, ¡lleno del miedo de mis adversarios!, ¡lleno de poder!

Su corazón está en mis manos, ahora Huitzilopochtli está feliz. Huitzi está contento.

El fin de una idea

Felipe Barrio Arizpe

Estaba harto del directorio. Yo que tan felizmente había participado en los Estados Generales, en la Asamblea General, en la toma de la Bastilla y en la Asamblea Legislativa, finalmente me había cansado de la democracia. Fue mi no tan acomodada posición social lo que me permitió participar en los diversos gobiernos, pero también lo que me salvó de las purgas de Robespierre y su reinado del terror. Siempre me ponía a pensar en esas cosas mientras regresaba a mi casa en Orleans. Consideraba si en verdad habíamos avanzado. ¿Para qué servía el directorio? ¿Vale lo mismo la opinión de todos? ¿En verdad estábamos tan mal con Luis? Preguntas como éstas rondaban mi mente después de las infructíferas reuniones del Consejo de los Quinientos. Ésta era la última gran forma de gobierno que habíamos ideado: dos cámaras, una de 500 miembros y otra de 250, una de los corrientes y otra de los ancianos. Decidimos que tenían que ser los ancianos quienes escogieran de entre los 500 a cinco hombres para liderarnos, a los directores. Y yo, aun con mis chocantes opiniones, acababa de lanzar mi candidatura para director. Tendría que convencer al menos a 55 “ancianos” para que votaran por mí.

Dejando a un lado la cuestión política, ya estaba llegando a mi casa: era una cabaña en el lado este de la ciudad, cerca del río; era de un muy bonito color arena, con los típicos tejados inclinados color arcilla; tenía muchas ventanas, pues mi abuelo, quien la edificó, decía que una casa oscura no era un hogar. En aquel momento cualquier persona diría que esa casa no parecía de una persona poco acomodada, aunque estaría olvidando algo muy importante: no todo lo que brilla es oro. Cuando mi abuelo erigió la casa, hacía cincuenta años, gozaba del favor del duque de Orleans, y éste le regaló la casa como “pago” por sus servicios, mas, como mi abuelo nunca habló de “sus servicios”, sólo Dios sabe lo que sucedió entre esos dos hombres. Y... así me desvíó, otra vez, a un tema prohibido hoy en día: Dios. Yo soy de los pocos concejales que está a favor de la religión, la misma religión que Robespierre había denunciado como pro-monárquica. De modo que pienso sobre la efectividad de los últimos gobiernos. Aunque había apoyado la Revolución al principio, ahora no pensaba que teníamos que opinar todos. Ya no creía fervientemente en el artículo 14, en cuya redacción había podido participar, y que habla de que todos tenemos derecho a la contribución pública. Pienso, siendo totalmente antirrepublicano, que necesitamos a alguien que nos lidere. Sin embargo, me vuelvo a poner a pensar en lo sucedido esta mañana, en el lanzamiento de mi candidatura. Y pienso: si hubiera un gobernante supremo, no podría estar haciendo lo que estoy haciendo, ni podría estar lanzando mi candidatura para un gobierno que no existía hace cinco años.

Retomando lo mencionado sobre mi hogar y sobre mi posición socioeconómica, en realidad no me podía quejar. Casi el noventa por ciento de los franceses vivía peor que yo, lo que únicamente me ayudaba a que pensara en lo mal que estaba el país, ya que, si yo era la clase media, no podía ni imaginar lo mal que vivían todos los campesinos. Heredé de mi abuelo una panadería y, aunque suene maravilloso a primera vista, era un verdadero horror; apenas daba para mantenerse a sí misma, pues el precio de la harina variaba no al día, sino a la hora, tal era la inestabilidad que estábamos viviendo. Sin embargo, no podía vender el negocio así como quién dice, puesto que, siendo concejal, hubiera sido mal visto que dejara sin empleo a veinte amables orleaneses.

Llegué así a mi casa, le di dos escudos a Chandler, el cochero, para que pudiera ir a cenar. Con eso también le alcanzaba para desayunar al día siguiente, aunque, al tener una familia que mantener, me pedía otros dos, y yo se los daba de buen grado. Me dejó en la entrada de mi casa y partió. Pensé, con ilusión, en la calurosa bienvenida que en otros tiempos recibiría: mi esposa, Brigitte, esperaría dentro con Pierre, mi hijo más joven, en los brazos, mientras que Jean Paul y Paulette correrían por el descuidado jardín hasta mis brazos preguntándome si les había traído algo del trabajo. Yo les respondería, como siempre, que les había traído una sorpresa y ellos correrían al coche a ver de qué se trataba. En lo que ellos registraban el coche, yo entraría a la casa, le daría un beso a mi querida Brigitte y cargaría a Pierre, cuestionándolo sobre lo que había aprendido ese día. Más tarde,

nos sentaríamos todos a la mesa, diríamos la rutinaria oración y nos dedicaríamos los siguientes cuarenta minutos a disfrutar la cena preparada y servida por mi amada Brigitte; mientras ella levantaba la mesa, yo fumaría una pipa frente a la chimenea, leería las noticias, si es que el rey no había prohibido la edición de ese día, y me tomaría una copa de coñac; y, en cuanto se hubiera acabado de alzar el comedor, llevaría a Jean Paul y a Paulette a dormir, contándole a cada uno una historia diferente: a Jean Paul, una sobre las aventuras de los conquistadores y los misteriosos mayas, y a Paulette, otra sobre las poderosas princesas de los países nórdicos; después, ellos se dormirían o fingirían hacerlo. Luego, iría a mi cuarto con Brigitte, acostaríamos a Pierre en su cunero y hablaríamos durante el tiempo que la edad y el cansancio nos permitieran estar despiertos, pues, aunque las sesiones del directorio eran pesadas, cada día amaba y admiraba más a mi esposa por el gran trabajo que estaba haciendo con nuestros hijos.

No obstante, todo esto sucedió hasta hace año y medio en el que los últimos vestigios de la fatídica plaga de Marsella ocurrieron, llevándose con ello a toda mi familia. El primero en caer fue Pierre, puesto que era quien menos preparado estaba y fue, en mi opinión, la primera víctima de Orleans. Al tercer día de su muerte, por orden del Consejo de los Ancianos se cerraron todos los accesos a la ciudad de Orleans, única entre las veinte ciudades principales que había sufrido la gran recaída de la plaga. Supliqué, imploré e, incluso, intenté sobornar a los gendarmes para que me dejaran salir de París rumbo a mi

ciudad, pero nadie se apiadó de mí. Intenté llegar de varias formas pero, siendo una figura conocida, me descubrieron de inmediato y me regresaron a mi pequeño departamento en París. Cuando permitieron el acceso a la ciudad, ya era tarde. Tan era tarde que hasta los cuerpos se habían llevado y no pude dar un último adiós a mi amada familia. Revisé su sepulcro en el campo santo en el que estaban todos los integrantes de la familia Eluchans-Vien.

Estuve en velo por un año, puesto que fue una verdadera tragedia y, aunque la experiencia dice que, tras vivencias como éstas, la gente pierde su fe en Dios, aquello no hizo más que aumentar la mía.

En fin, llegué a mi casa, entré, dejé mi distintiva casaca blanca de concejal en el sofá frente a la chimenea y anuncié a Amelie, el ama de llaves, que había llegado y que me avisara cuando pudiera pasar a cenar. Ahora sólo ocupaba el piso inferior de la casa, porque hubiera sido muy caro mantenerla y completamente innecesario: usaba la cocina, el comedor, el salón, mi habitación y la de Amelie, mi amable ama de casa de 65 años, a quien empleaba más por sentimentalismo que por utilidad: sus sopas no eran ninguna maravilla. Me senté en el escritorio del salón, revisé mi correo, prácticamente nulo por la ausencia de familia; me dispuse a pensar en una estrategia para ganar las elecciones del día siguiente. Empecé a escribir:

Compatriotas, amigos y camaradas franceses, les vengo a proponer algo nuevo, algo nunca visto, algo que podría ser el comienzo de algo grandio...

— Su excelencia, ya puede pasar a cenar —me interrumpió mi estimada Amelie.

— Gracias, me presentaré en el comedor enseguida — le respondí pensando en lo inoportuna que había sido su interrupción, destrozando así mi inspiración.

Pasé al comedor, tomé una no tan mala sopa de coliflor y un trozo de pollo del día anterior que todavía estaba bastante bueno. Le pedí un café a Amelie y le di las buenas noches. Necesitaba pensar ¿cómo voy a convencer a más de cincuenta viejos jacobinos?, ¿qué tengo que decir para que me elijan su gobernante? Una vez siendo director, podría cambiar todo lo que está mal, ya que es más fácil convencer a dos que a 500. Podría, al fin, implementar un sistema nuevo de alcantarillado, ya que aún seguimos utilizando el que los romanos construyeron hace más de mil años; limpiaría la gendarmería de toda la corrupción que la ha estado inutilizando estos últimos cinco años; reestablecería la forma en la que se eligen a los concejales, porque, así como no todos son aptos para postularse, no todos son aptos o tienen la suficiente cultura y educación para votar.

Yo estudié derecho en la universidad de mi ciudad natal. Después de presenciar tantas revoluciones y golpes de Estado, me di por vencido y decidí que ya no me iba a basar en lo establecido por la ley pues, en esos momentos es más fácil predecir el clima que lo que va a durar una ley. Decidí que, una vez en el poder, iba a establecer un gobierno funcional. Esa bella palabra lo es todo para mí. Si algo no es funcional, ¿para qué seguir utilizándolo?, ¿por qué no reemplazarlo con algo mejor? Sin embargo,

ese algo mejor puede que no todos lo entiendan y que lo consideren un atentado a la Revolución, más que un paso más allá. Apuré mi café y me fui a la cama.

Era 18 de Brumario, otra de las terribles consecuencias del nuevo gobierno... ¿Qué necesidad había de cambiar los días, meses y años? Partí a las siete, pues todos los días empezaban a las nueve de la mañana las sesiones de las cámaras. Saludé a Chandler y me subí al coche. Le pedí que fuera lento, tenía tiempo y debía pensar en lo que iba a decir. Comencé a pensar en mis reflexiones del día anterior. Tenía que convencer a los ancianos, tenía que llegar al poder, para demostrar a todos lo equivocados que habían estado. Había tantas cosas que hacer, había que reorganizar al ejército para hacerle frente a la segunda coalición que cada vez gana más terreno. Debíamos organizarnos como Estado-nación, no sólo como la nación francesa, sino como un Estado con población, gobierno y territorio delimitado y no sólo ser un intento de país bajo un gobierno de cuarta que no es capaz de defender a sus propios ciudadanos.

Llegué a la sede del gobierno de Francia, bajé de mi coche y, entre aplausos y abucheos por igual, entré a la cámara de los 250 para pronunciar un discurso del que posiblemente dependía toda la República y el futuro de la Revolución. Pasaron a hablar primero tres jacobinos muy radicales, de los cuales uno habló de cómo él en persona iba a liderar al ejército contra los austriacos; el otro de cómo iba a implementar la guillotina como método secundario de ejecución, regresando a la horca; y, el último, que iba a restaurar las leyes del terror de Robespierre

para asegurar eso de la “seguridad pública”. Después pasaron cinco girondinos más moderados, quienes hablaron de asuntos de poco interés público como reformas económicas o nuevos impuestos, aspectos que no iban a influir en el destino de Francia a corto ni a largo plazo. Finalmente, llegó mi turno.

— Por favor, que el concejal Pierre Eluchans-Vien, representante de la ciudad de Orleans que pasé al frente y haga su intervención —dijo el presidente de la cámara de los 250.

— *Muchas gracias —dije—, camaradas franceses, colegas revolucionarios y vecinos parisinos. Estoy aquí el día de hoy frente a todos ustedes para hacerles notar la gran crisis que estamos viviendo. ¡La Revolución está en peligro! Corremos el riesgo de que dejemos de ser una nación sostenible, somos incapaces de defendernos de nuestros enemigos extranjeros, pero también somos incapaces de reformar nuestra propia fuerza policial para defendernos de los internos. Necesitamos un líder, alguien que tome las decisiones por el bien de todos. Necesitamos a alguien que asuma la responsabilidad de sacar adelante esta gran nación que llamamos nuestra, porque, en realidad, tenemos el deber de no sólo disfrutarla y desarrollarla nosotros, sino de entregarla a las futuras generaciones. Y, déjenme decirles que eso no va a ser posible si estamos bajo el yugo austriaco o británico o si la contrarrevolución triunfa y reinstauran la monarquía.*

En este momento, hice una pausa y me dediqué a ver el recinto. Había muchas personas que parecían de acuerdo, también había bastantes que no lo estaban. Proseguí.

— *Es necesario un cambio en nuestras propias ideologías revolucionarias. Ya no podemos pensar que con derrotar un gobierno opresor y malvado basta, sino que debemos ver qué vamos a idear que sea mejor que éste. Y no podemos darnos el lujo de rehacer la República cada vez que nos plazca porque ya no nos gustó. Necesitamos idear algo que funcione. Se necesita un líder. Y yo les digo: yo soy ese líder. En mí pueden confiar para preservar los valores de la Revolución, pero también para sacar a nuestra nación del hoyo en el que se encuentra. En mí pueden confiar para tomar las decisiones difíciles. Por eso les digo, cuando voten por sus directores, tomen en cuenta el futuro de la nación, no el pasado.*

En seguida, la cámara estalló en vítores y aplausos. Supe en ese momento que algo había hecho bien. Tras cinco largas horas de debate y resolución, la cámara se decidió a votar. Tomó una hora el proceso. El presidente de la cámara empezó el recuento. Entonces, se escuchó un gran jaleo afuera, como si hubiera una gran multitud reunida. Bien, pensé, vienen a celebrar conmigo. Sin embargo, los ruidos no hacían más que aumentar. Finalmente, el presidente se puso de pie y se dispuso a anunciar el resultado.

— Tras realizar las votaciones, esta asamblea anuncia a las siguientes personas como las elegidas para ser directores durante el siguiente periodo de un año.

Pero, él calló debido a que las puertas de la cámara se abrieron de golpe y algo muy extraño ocurrió: un hombre entró montado en su caballo seguido de soldados, se paró frente al presidente de la cámara, se bajó de su caballo, quitó al presidente de donde estaba y empezó a hablar.

— *A partir de este momento la asamblea bicameral del directorio queda disuelta y será reemplazada por el poder del primer cónsul de la nación francesa, Napoleón Bonaparte. Por favor, salgan de la manera más ordenada posible.*

¿Qué? ¿Qué estaba sucediendo? No podía creer lo que estaba pasando. Decidí que no iba a dejar que me arrebataran mi oportunidad de hacer el bien. Me abalancé sobre el hombre del caballo y, sin poder tocarlo siquiera, fui acribillado por múltiples soldados. Caí, y antes de reunirme con Brigitte, de una vez por todas, comprendí: el Estado totalitario funciona siempre y cuando sea uno el gobernante.

*“Objects in mirror are
closer than they appear”*
(lo que cuenta un semáforo)

Luzmila Betancourt Vázquez

Es un día como cualquier otro. Despierta en una esquina polvorienta, unas cuantas raíces crecen en el hueco que el cemento no pudo llenar. Se levanta, ambos huaraches descansan en pies quemados por el asfalto, son de un color café claro tornado opaco por las partículas de tierra decoloradas al sol en un tono grisáceo. Envuelve sus hombros en un sarape bordado, era rosa, es ahora de un pálido gris cuyas hebras han vuelto la extensión de tela en un vivo efecto tornasolado pasado y presente.

No hay espejos bajo el delgado techo de lámina, pero su cara redonda y morena tiene retazos de la brocha negra de la mugre que acompaña la falta de servicios sanitarios: hace semanas que no ve un chorro de agua. Recoge al niño, es doce años menor que ella, su madre amarra la vida de éste a la cotidianidad de ella.

— ¡Que así te dan más dinero, ¡ay, hija, ya estás grandecita!

Así que toma la mano del niño.

— ¡Órale, Juan, ya párate, que, si no, nos agarran a guamazos, ¡ayer se fue de borracho!

— ¡Ándale Juan, ya! —su mano toca su hombro y lo zangolotea, la cabeza de Juan se mueve como los monos que a veces ve dentro de los parabrisas.

— Juan, que nos van a regañar —una áspera voz susurra arrebatándole el sueño al niño.

— ¡Ándale!, la vez pasada casi nos quitan nuestra esquina —la mano de Lupe vuelve a mover el hombro del pequeño.

Dos párpados morenos se abren, los ojos ligeramente amarillos de un niño de siete años se enfocan sobre la cara de su hermana; su nariz es algo chata, tiene una mancha de tierra justo en la punta, un moco se asoma por su cavidad nasal.

Una mano rechoncha rasca la mancha de mugre.

Él bate sus pestañas, una lagaña intenta infiltrarse a un lagrimal rodeado de pestañas negras.

— ¡Tengo hambre! Lupe, vamos por tortillas —la vocecita quejumbrosa alumbra la pequeña edificación de concreto y lámina.

Lupe sonrío, sus ojos se ven cansados, se confunden con aquellos de una señora ya grande.

— ¡Ay, Juan!, que ya es tarde, vamos después, ¡ándale, que vino borracho!

Los ojos de Juan se abren con miedo.

— Pero si la vez pasada...

— ¡A ver!... que ya es tarde, ¡párate ya, que nos pegan, acuérdate! ¡Juan!

Lupe tira de la mano de su hermano, una urgencia inminente oscurece sus facciones. Una ligera brisa matutina despeina las puntas de sus trenzas, parece muñeca María.

Juan se para, se pone en cuclillas para amarrarse los tenis. Le quedan grandes. Se los pasó una señora por la ventana de un coche.

Una vez incorporado, se adelanta a la puerta. Hay un garrafón de diez litros en la esquina. Está casi vacío.

— ¡Juan, sólo un trago! Amá dice que ni para eso nos alcanza.

Al otro lado de la puerta, la esquina paralela a donde los niños dormían, dos figuras respiran suavemente sobre un colchón sucio, gris, se ve que antaño era azul con un patrón de flores color salmón.

Los ojos de Juan se sitúan sobre la figura más grande, regresan a mirar a su hermana.

— ¡Mmta!, pero para eso si le alcanza, ¿veá? —repite la oración que su madre le enseñó, su voz aguda se atenúa al avanzar hacia la puerta.

— ¡Juan, que ya es tarde! —un tono de cansancio se asoma por su voz—. ¡Apúrate, ándale!

Lupe y Juan salen de la choza, la puerta de lámina roza contra el suelo terroso. El umbral de cemento desnudo y sin refinar raspa el hombro de uno; es muy oscuro todavía para ver a quién.

Caminan arrastrando las suelas gastadas y se acomodan los harapos sobre un par de huesos prominentes.

Llegan a una intersección. Ha comenzado a salir el sol. El alba tiñe a los niños con una luz sutilmente rojiza. Han caminado durante dos horas.

Se sitúan debajo de un árbol rodeado de colillas de cigarro y botellas de plástico, tiene pocas hojas. Un par de cordones de zapato suspenden dos tenis rojos sobre la jardinera.

La muñeca María saca una caja de mazapanes *La Rosa* de una cangurera colgada alrededor de su cadera, el rebozo la escondía.

La caja está magullada, doblada en las esquinas y tres de los diez mazapanes han sido aplastados. No importa, al fin y al cabo Juan es el que gana más lana.

Esperan a que salga el sol, ya hay tráfico, pero no caminan entre el éxodo de maquinaria extranjera; saben que no ganarán nada, todos están muy estresados abalanzándose entre la avenida y los camiones.

Esperan, se aligera el tráfico.

— Lupe, ya pasó la hora pico.

Juan lleva un reloj de plástico en la muñeca, un regalo.

Lupe asiente, no dice mucho. Se incorpora dejando la acera de la jardinera sobre la que estaba apoyada. Da 1-2-3-4-5-6-7-8-17 pasos hasta situarse frente al alto.

Juan ha tomado una ruta contraria, está al lado opuesto de su hermana. Camina entre los coches y la banqueta mientras el foco sigue siendo rojo.

Estrecha su mano.

Hay 15 coches en 100 metros.

La voz automatizada de un coche le informa la distancia, sus 17 pasos.

¿Fueron más?

Tiene cuatro monedas sobre su palma cuando el foco se vuelve verde.

Su hermana ha tenido menos suerte. Tiene diez mazapanes.

Lupe decide caminar entre los coches al siguiente alto.

En los siguientes tres minutos desfila entre miradas de lástima y de desprecio.

Estrecha la caja a las vitrinas.

Tiene diez mazapanes.

Tiene diez pesos en la esquina de la caja amarilla.

Regresa a la banqueta.

Su hermano ha comenzado un juego con la tapa des-
pechada de una botella tirada.

La pateo, la rodeo, la pateo. Grita gol.

Tres minutos más.

Lupe lee los espejos. Hay una camioneta alta. No le
dan nada.

El espejo del lado derecho dice algo.

Lo lee.

No entiende, piensa que está mal escrito.

Es objetos. Dice *Objects*.

Regresa a su banqueta.

Juan lleva diez monedas.

Así pasan los días.

Al anochecer, caminan las dos horas a su casa; si
están muy cansados toman el camión.

No le dicen nada al borracho.

Llega tarde, mentando madres. A veces canta, siem-
pre es banda.

Se despiertan, caminan. El polvo se impregna a su
ropa.

Algunos fines de semana les dan cajas con comida,
sobras de algún restaurante.

Comen con la espalda recargada contra un puente.

Caminan dos horas para llegar.

Caminan ocho más, desfilan entre coches.

Lupe tiene diez mazapanes en la caja.

Siempre ve lo mismo.

Mismos coches.

Mismas miradas que no llegan a sus ojos.

Mismo espejo.

“Objects in mirror are closer than they appear”.

Misma calle.

Mismo sarape.

Mismo polvo.

Hasta que cambia todo.

Juan regresa solo a casa, Lupe se ha quedado una hora más. No llegaron a su cuota.

Tiene cinco monedas, fue puente. Pocos coches.

Camina las dos horas, mendiga en el camino.

No hay tráfico, es lunes, 6:00 pm y la hora pico se ve interrumpida por largos viajes de carretera que evitan su avenida.

Dos horas se convierten en tres.

La puerta de lámina raspa contra la tierra, levanta una brisa ligera de mugre.

El niño olisquea un olor rancio, proviene de la esquina del colchón.

Un bulto ronca sin interrupciones.

Juan abre el puño, en su palma hay seis monedas, dos de ellas son de cinco.

Las cuenta, su dedo mueve el metal.

Dos doradas, dos de cinco. Una de dos. Y 50 centavos.

Los ojos de Juan buscan cautelosamente un cambio en los ronquidos de su padre.

Se asoma a la lámina que dejó recargada contra el umbral, no cerró la puerta.

Ve que el sol se torna oscuro.

Son las 6:30 pm.

Lupe ha caminado hasta que sus gastadas sandalias le causan ampollas.

El sol se ha tornado oscuro.

Su sarape ha causado que una delgada capa de sudor cubra su espalda ligeramente encorvada.

Camina hasta llegar a casa.

Iba a mitad del camino.

Son las 7:40 pm.

Ve que la lámina está recargada contra la pared.

Sólo eso la distrae de su ejercicio mental.

“*Objects in mirror are closer than they appear*”.

¿Será inglés?

No sabría, no terminó la primaria.

La puerta sigue abierta.

Camina hasta llegar a ella, sus pies cansados levantan el polvo oscureciendo la bastilla de su falda ya gastada.

Entra a su casa.

Sus sandalias pisan lo que hasta hace algunos minutos era una cerveza *Corona*.

Su cara se arruga en un ceño fruncido.

Sus ojos se arrastran al colchón vacío.

Torna su cabeza a la esquina que comparte con Juan.

Cinco monedas decoran el suelo.

Cae sobre sus rodillas.

Un grito ahogado deja escapar un río de lágrimas.

En su mente, la leyenda:

“*Objects in mirror are closer than they appear*”.

Botes de cemento

Diego León Ramírez

Es un día cualquiera, las cortinas de los negocios entonan el sonido de la urbe, el ruido de un megáfono me despierta media hora más temprano que de costumbre, “vale madres todo... por eso voy a dormir la hora completa”. Me tapo la cara y me acurruco en posición fetal. Mala suerte la mía, ahora son dos megáfonos los que interrumpen, “es muy tarde para que pasen los tamales y muy temprano como para que sea el del fierro viejo”. Este razonamiento me ha quitado el sueño totalmente. “¿Quién será?”, me quito las cobijas de encima, me siento en la cama, doy un respiro e intento escuchar. El sonido de los megáfonos *no es entendible*. Lo último que quiero es levantarme, pero la voz entre gangosa y mormada de los sujetos no me deja otra opción. Me paro, me pongo un *short*, sandalias y salgo a la calle a ver qué pasa. “Pinche Roki, ¿ahora por qué estará ladre y ladre?”.

— Como que se te olvido la playera, ¿no? —dice la vecina, que había salido de chismosa.

— Yo sólo me salí a informar.

— Pos, para ver si pesco una nena, a lo mejor y ligo con mi pelo en pecho.

La plástica tan amena es cortada por esos megáfonos que perturbaron mi sueño. Eran las dos camionetas de

El Chismoso que recorrían la colonia vendiendo las noticias locales que creaban polémica. “¡Lo agarraron, lo agarraron, lo agarraron con las manos en la masa... agarran al terror de la colonia, aquí están las imágenes... sorprendieron al asesino con dos cadáveres de mujeres descuartizadas... agarraron al asesino que vivía en esta sección!”. “En la madre, le tengo que decir a mi jefa”.

— Vale, doña, ahí nos vidrios, pórtese mal, pero cuídese bien.

Sólo sonrío y se mete a su casa. “¿Quiénes habrán sido esas chavas?... ¿por qué las habrán...? ¡Qué desmadre, voy al cuarto de mi jefa!”.

— ¿Era *El Chismoso*, ¿verdad? —una mueca lo afirma.

— Ahora, ¿qué pasó?

— Pues, atoraron a un bato que vivía en esta sección con dos cadáveres de mujeres descuartizadas, yo creo que los iba a tirar al canal, siempre los tiran allí.

— ¡Ay, qué feo!

— ¿Te imaginas que los cadáveres sean hijas de la señora Flor y de la señora Rebeca?

— Ay, ni lo mande... a esas señoras las conozco desde que desapareció tu hermano, ellas ya llevaban tres años buscando a sus hijas, o sea, que ahorita ya llevan ocho...

El ruido del celular corta la plática, era la señora Flor. Ambos nos volteamos a ver pensando en la remota posibilidad con la que habíamos jugado anteriormente. Mi jefa contesta lentamente:

— Bu... bueno —yo sólo observo a mi madre que tiembla al agarrar el celular— sí y me enteré, hasta pasó por acá... ajá... ajá... ¿Cuántos? ¡Santa Madre Purísima!, ahorita vamos a ver.

— No manches, ¿ahora qué pasó? No me digas que sí era su hija.

— Aún no sabe, es lo que está checando, pero encontraron otros 30 regados por toda la colonia, ahorita están sacando unos de la vecindad de Estela... ¿Vamos a ver?

— ¡Pos, vamos!

A lo lejos se veía una bola de gente. Nos acercamos como si pasáramos casualmente por la zona. Nos abrimos paso y vimos cómo sacaron de la vecindad botes llenos de cemento. Mi madre se quedó sin voz. Sólo sonaban las sirenas de las patrullas, el cuchicheo de las personas que se habían acercado a ver y el golpeteo de las pechugas que aplastaba Don Goyo.

Se oían cosas como: “¡Ellos, como quiera, están muertos, uno está vivo y tiene que comer... los hijos no preguntan si mataron a 30 personas o a 300... ellos sólo dicen tengo hambre!”; otras más: “Echaba los cachos de carne en botes y luego les echaba la mezcla.” “Son un chingo”, “¿te imaginas cuántas personas no van a encontrar a sus hijos aquí?”. “¿Te imaginas a cuántos vecinos que están desaparecidos no les habrá hecho quién sabe qué cosas?”. “Ellos, como quiera, ya están en un mejor lugar, pero imagínate cómo se van a poner sus familiares”.

La mirada de mi madre cae de tristeza y en sus pupilas se reflejan cinco años de búsqueda. Pareciera que, a través de esos botes llenos de cemento, ve los restos de su hijo. La abrazo, le doy un beso en la frente y le digo con voz quebrada: “ya vámonos”.

Llevo a mi mamá a su cama casi cargando, está muy débil y no habla para nada, le preparo un chocolate para que se le suba la presión. ¿Qué estará pensando mi mamá

en estos momentos?... ¿Qué hacemos si entre esos cadáveres está mi carnal?... Por fin dejaríamos de buscar, pero... ¿qué pasará con mi mamá?

El sol ha huido de la ciudad, ni él ni su madre ni su padre prueban bocado; todo sabe a restos humanos y huele a sangre podrida. El aire muerto quema al pasar: “Lleve sus ricos y deliciosos tamales oaxaqueños. Hay de pechuga con pollo con mole y también tenemos su...”; la ciudad continúa su rutina diaria, los obreros llegan del trabajo, los estudiantes menos aplicados acaban de salir de sus preparatorias... “¿Será que aún no se han enterado?”, pienso. Se oye un golpe en el zaguán: son los chavitos que salieron a echar la reta. El bar que está a dos cuadras pone música a todo volumen, al final de cuentas ha comenzado el viernes; lo único que está parado en este rincón metropolitano es mi familia y, tal vez, la de la señora Flor y de la señora Rebeca... y la de las señoras que tengan hijos desaparecidos.

Estamos en la sala, no hay otro ruido más que el de la TV y el de las patrullas que hacen un operativo por la colonia, ninguno de los dos se atreve a hablar. Mi jefita está acostada viendo una revista de chismes burlándose de las tragedias de las actrices; su celular suena, hace como que no lo escucha y continúa viendo su revista.

— Mujer —dice mi papá; el teléfono sigue sonando.
— Mujer.

Mi mamá ignora a mi padre y cambia de hoja; mi padre se levanta a toda prisa, mi mamá se levanta intentando detenerlo, pero él sólo la empuja con el cuerpo y toma el celular.

— Es la señora Flor —me acerco.

— Pon el altavoz —mi papá me ignora y contesta.

— Señora Flor, ¿cómo está? —me acerco al teléfono, apenas y podía oír lo que decía doña Flor.

— Me imagino —contesta mi papá.

— Nosotros estamos igual... ¿En el Semefo?... ¿Ya tan rápido?... ¿Cuáles fueron los resultados de las pruebas de ADN?...

Saltamos y nos abrazamos y sentimos como si la Selección Mexicana hubiera ganado el Mundial. Mi mamá vuelve a la vida; mi papá salta: “Qué dichosa nuestra suerte... los treinta cadáveres eran de mujeres”.

Mutatio modus operandi

Paola González Mota

Lunes 26, 7:00 am

Suena la alarma, dejas pasar la luz que se filtra por las cortinas del cuarto a tus párpados; abres los ojos lentamente y estiras la mano dando ligeros golpes en la pantalla del celular que se encuentra en la mesa a un lado de tu cama, apagas la alarma y te sientas al borde de la cama.

Con las manos heladas, desbloqueas el celular y abres directamente tu red social favorita para ponerte al corriente de todo lo que pasó mientras dormías: te sorprende que Carla, tu amiga de la secundaria, se acaba de casar y compró una casa con su marido, y que Montse regresó a comer sano y hacer ejercicio. Te pones a ver, por horas, los chismes y las fotos nuevas que publicaron las Kardashians; luego, tu dedo se comienza a cansar de dar *retweet* a cada comentario que ve en la plataforma hasta que, en un instante, se te ocurre ver la hora en la parte superior de la pantalla del celular y te das cuenta de lo tarde que se te está haciendo. Te apresuras a ponerte las pantuflas y a caminar hacia la cocina, pero te detienes en el espejo, te observas unos minutos con cara de insatisfacción y te pones a pensar en ese grano que no estaba allí el día anterior, en lo respingada que podría estar tu nariz y en los kilos que se notan de más.

Suena tu celular, es una notificación de recordatorio, tienes una cita de entrevista de trabajo y aún no estás lista. Ahora sí te diriges a la cocina, coges un plátano, abres el refrigerador y sacas el jugo de naranja que lleva allí mínimo una semana, te apresuras a tomar lo que llamas un desayuno exprés mientras terminas el capítulo de la serie que no terminaste la noche anterior, ves la hora, es tarde, muy tarde. Corres de nuevo a la habitación y cambias tu pijama por unos pantalones y una blusa con apariencia decente, recoges tu cabello en una coleta de caballo, colocas polvo, rubor y máscara de pestañas en tu cara y sales corriendo de casa. En el camino, recuerdas que olvidaste lavar tus dientes, pero no te agobias, pues traes mentas dentro de tu bolsa.

Lunes 26, 5:00 pm

La luz de la computadora se refleja en tu cara y es lo único que se percibe en la oscura habitación, comienzas a sentir un dolor en la parte superior derecha de la espalda, das un gran sorbo a tu segunda taza de café y continúas buscando nuevas ofertas de trabajo en Internet, pero sigues distrayéndote con las tentadoras publicaciones de Facebook que comparten tus contactos. Pasas el resto de la tarde en esa tarea hasta que consideras que ya es buena hora para continuar con la serie que tanto te dejó picada.

Martes 27, 7:00 am

Suena la alarma, dejas pasar la luz que se filtra por las cortinas del cuarto a tus párpados; abres los ojos lentamente y estiras la mano dando ligeros golpes en la pantalla del

celular que se encuentra en la mesa a un lado de tu cama, apagas la alarma y te sientas al borde de la cama.

Con las manos heladas, desbloqueas el celular y abres directamente tu red social favorita para ponerte al corriente de todo lo que pasó mientras dormías: Claudia se fue de viaje con su familia y José consiguió que lo promovieran en su trabajo; de pronto, recuerdas que tienes otra entrevista y, esta vez, no se te puede hacer tarde, sales de cama y te diriges a tomar una ducha. Buscas entre tu ropa un conjunto que pueda dejar una imagen profesional. Tu celular no deja de sonar por tantas notificaciones que te están llegando, piensas que no le hace daño a nadie pasar un rato en redes sociales. Pasas en el celular otros quince minutos hasta que decides salir de casa a la entrevista, no desayunas, pero ya tendrás tiempo de comer después.

Sales apurada, cruzas la calle, caminas dos cuadras a paso veloz, te llega una notificación que resulta exponencialmente tentadora, diriges tu mirada al celular y no te das cuenta de que hay un poste justo frente a ti, chocas y ves cómo lentamente se resbala el celular de tus manos cayendo por una enorme alcantarilla. Lo único en lo que puedes pensar es en que no cuentas con el dinero para comprar otro durante un tiempo.

Miércoles 28, 8:00 am

Abres los ojos y estiras tus brazos mientras das un largo bostezo, te sientas a la orilla de la cama con un gran apetito, te levantas y te diriges a la cocina, abres el refrigerador y te sorprende que sólo haya un cartón de leche, dos huevos y las sobras de cinco días atrás, cuando saliste a

desayunar a aquel lugar —*trendy*— y costoso en el que la comida no estaba tan buena como todos te habían dicho.

Por primera vez, en meses, decides ir a comprar al supermercado los ingredientes necesarios para cocinar en casa en vez de asistir a uno de esos restaurantes en donde los platillos parecen sacados de una revista *gourmet* y te incitan a sacarles una fotografía.

Al llegar al supermercado, te emocionas con los ingredientes y te animas a llevar camarones porque, ¿qué tan difícil es cocinar una pasta Alfredo con camarones?, piensas. Pasas las siguientes dos horas en el supermercado comprando provisiones y leyendo las recetas que vienen en algunos productos.

Al regresar a casa, comienzas a cocinar o, por lo menos, lo intentas; no tienes idea de por cuánto tiempo se tiene que dejar hervir la pasta, pero la idea de cocinar te motiva mucho.

Viernes 30, 12:00 pm

Caminas relajada, no hay nada que te presione para tener que ir rápido; mientras caminas, piensas en la ironía de que, cuando eras chica y tenías que acompañar a tu madre al supermercado, te resultaba aburridísimo, sólo lo hacías para intentar convencerla de que te comprara aquel dulce que amabas, pero que tenía demasiada azúcar como para que tu madre lo considerara bueno para tu salud; mas, ahora... ahora esperas llegar con ansias ir al supermercado, pues cocinar resultó mucho más divertido y emocionante de lo que pensabas.

En el supermercado no puedes evitar ver que están a la venta las plantas de albahaca que son esenciales para la comida italiana, tu favorita.

Abres la puerta de tu departamento y te invade la necesidad de llamar a tu madre, pues el recuerdo que tuviste de ella fue suficiente como para querer hablar con ella y contarle de las plantas de albahaca que compraste en el supermercado y, de paso, preguntarle cuánto tiempo es que se tiene que dejar hervir una pasta para que no salga cruda, como aquella vez de los camarones, o sobrecocida, como ayer. Hacía mucho que no tenías la necesidad de utilizar el teléfono fijo, te causa gracia, pero, por fin, le encontraste un fin útil después de meses.

Sábado 31, 4:00 pm

Caminas decidida a la biblioteca que queda a tan sólo una cuadra de donde vives, esta vez piensas tomarte la cocina italiana en serio y confías ciegamente en el libro que te recomendó tu madre. Entras a la biblioteca y preguntas por *El gran libro de la cocina italiana* y, amablemente, se ofrecen a buscarlo por ti; en la espera, te distraes con otros libros que llaman tu atención.

Al final, decides llevarte el libro que pretende enseñarte todo sobre la cocina italiana y *La sombra del viento*, de Carlos Ruiz Zafón, pues siempre te llamó la atención el misterio, pero nunca habías estado en la posición exacta para atreverte a comprar un libro que tratara de ello; pudiste haber descargado libros por Internet o comprar audiolibros, ahora ni siquiera extrañas tener esa opción porque la has pasado tranquilamente sin herramientas digitales.

Lunes 2, 9:00 am

Volteas al cielo, es un día soleado y tranquilo, el aire acaricia tu rostro y sientes cómo el viento mueve tu cabello e invade tu cara generando una sensación de comezón; tus manos y ropa están cubiertas de tierra, sin embargo, no quieres detenerte, porque hacer un huerto es algo que siempre te había llamado la atención y, además, ahora puedes tener más especias de cocina para continuar experimentando con tus comidas.

Añadiste a tu colección menta, hierbabuena y una planta de tomatillo y estás esperando tu próxima visita al vivero para adquirir nuevas plantas.

Lunes 2, 7:00 pm

Comienza a oscurecer, así que apagas las luces, te diriges al sillón de la sala y te acomodas para continuar con tu lectura, sientes que el libro está realmente interesante y piensas que sería buena idea adquirir el siguiente de la serie.

Martes 3, 11:00 am

Es un día nublado, pero eso no te impide cumplir tu promesa de buscar aquel otro libro que te llama la atención a la biblioteca; al llegar, te das una vuelta por cada pasillo y te impresiona la cantidad de temas y géneros que existen, muchos de esos libros suenan interesantes; mientras seleccionas un libro, sientes cómo alguien pone su mano sobre tu hombro, giras lentamente y es la señora amable que te atendió la vez anterior. La señora te ofrece un trabajo en la biblioteca y te platica de lo que tendrías que hacer, si estuvieras interesada; a ti te parece una gran idea,

pues el dinero que tienes se vuelve escaso día con día, así que te interesas; te preguntas si es bueno o malo que tengas que empezar a trabajar desde mañana; suena como un buen empleo, suena mejor que nada, suena como que puedes volver a generar ingresos. No lo dudas, aceptas. Aquel día regresas a casa con algo más que dos libros: regresas con un trabajo.

Miércoles 4, 7:00 am

Suena el despertador, abres los ojos lentamente y extiendes la mano para apagar el sonido que interrumpe tus sueños, mas tus acciones se ven poco efectivas, pues ya habías olvidado cómo funciona ese reloj antiguo que ahora usas como alarma; frustrada, te levantas y comienzas a buscar la manera de callar el exaltante sonido que proviene de él. Logras apagarlo, tomas la ropa que preparaste el día anterior y te diriges a tomar una ducha.

Al terminar, vas a la cocina y preparas un licuado de fresa y plátano que, para tu sorpresa, sabe delicioso y resulto muy fácil de preparar.

Sales de casa, cruzas una cuadra y llegas a tu empleo. Resulta que es un trabajo muy cómodo que te permite leer libros de los que desconocías su existencia, además de que, aunque aún no te pagan mucho, te pagan lo necesario para seguir adelante.

Saliendo del trabajo, te detienes enfrente de un poste con anuncios y te das cuenta de que hay sesiones de yoga y talleres de artes plásticas a la vuelta de la biblioteca en donde trabajas y que su precio es realmente razonable. Todo el camino de regreso a casa no dejas de pensar en aquellos anuncios y no estás segura de querer ir.

Al llegar a casa, riegas tus plantas, cocinas un filete de pollo al pesto y una ensalada con los tomatillos cosechados del huerto de tu hogar.

Lunes 9, 7:00 am

Suena el despertador, te levantas rápidamente y abres las cortinas, apagas el despertador y te diriges a darte una ducha, te haces un *omelette* y un licuado de fresa, tomas el desayuno tranquilamente y, antes de salir de casa, tomas tu mochila con un cambio de ropa y tu tapete de yoga.

Lunes 9, 5:00 pm

Sales del trabajo con cara de satisfacción, pues hoy terminaste *La sombra del viento* y comenzaste a leer *La verdad sobre el caso Harry Quebert*, de Joël Dicker, sigues pensando en ese libro y no te das cuenta del camino; de pronto, chocas con alguien, un desconocido, entras en pánico porque siempre has evadido situaciones en las que tengas que hablar con extraño, como las fiestas, que te dan pánico por la misma razón: muchas personas... y, ¿qué tal si te hablan? Después del choque con el desconocido, te sientes incómoda y te rehúsas a prolongar aquel instante. Te disculpas sin mirarlo a los ojos y pretendes seguir tu camino, pero aquel hombre de gran altura te detiene y toma la palabra:

— No te preocupes, al parecer mi altura no fue suficiente para que te percataras de que estaba aquí.

Te ríes de manera nerviosa, pero te das cuenta de que, bajo el brazo, lleva un lienzo en blanco con dos pinceles en la mano. Le preguntas si se dirige al mismo sitio que tú, y así es y, entonces, caminan juntos hasta el taller.

Al finalizar la clase, te sientes contenta porque disfrutaste la compañía de alguien más que no fueras tú, aprendiste que la percepción es muy importante y que el arte te relaja sobremanera no sólo porque te ayuda a expresar tus sentimientos, sino porque el olor del aguarrás necesario para pintar al óleo te ha dado dolor de cabeza.

Consigues que aquel apuesto hombre con el que chocaste por accidente te acompañe hasta tu clase de yoga. Toda la sesión te la pasaste pensando en él; te generaba ansias no ser capaz de buscarlo en Instagram para ver sus fotos y conocerlo más, pero pensaste que, tal vez, fuera lo mejor para no generarte falsas expectativas.

Al llegar a casa, te sientes exhausta, te haces un emparedado y te vas directo a dormir.

Lunes 30, 5:00 pm

Sales apresurada del trabajo, te da tristeza tener que faltar a tu clase de arte y, en consecuencia, no poder ver a ese apuesto hombre con el que has generado más que una tranquila amistad, pero te sientes feliz porque ha llegado el día: ahorraste, y tus papás han juntado dinero para que puedas reponer tu celular, así que estás ansiosa y no puedes esperar más. Te diriges a la tienda y haces tu adquisición.

No puedes creer que hayas aguantado tanto sin el dispositivo, no puedes dejar de pensar en todo lo que te has perdido este tiempo.

Al llegar a tu hogar, abres la bolsa, sacas la caja, la abres, le quitas el plástico protector y lo enciendes.

Martes 1, 7:00 am

Suena la alarma, dejas pasar la luz que se filtra por las cortinas del cuarto a tus párpados; abres los ojos lentamente, cierras los ojos y los abres nuevamente; tomas tu celular y das *clic* en posponer; pronto cierras los ojos una vez más.

Martes 1, 8:30 am

Suena la alarma, dejas pasar la luz que se filtra por las cortinas del cuarto a tus párpados; abres los ojos lentamente y estiras la mano dando ligeros golpes en la pantalla del celular que se encuentra en la mesa a un lado de tu cama, apagas la alarma y te sientas al borde de la cama.

Te quedas viendo el celular y piensas que debes ponerte al corriente: te sorprende que July tenga ese cuerpo, pero estás segura de que está operada; Carlos consiguió una nueva novia, pero no te sorprende, porque la cambia cada semana y no le das tanta importancia porque, igual, siempre las engaña; Mónica se compró un auto nuevo pero, sinceramente, estás casi segura de que es un auto usado.

Luego piensas que necesitas ropa nueva, así que entras a una tienda de esas asiáticas que venden ropa *online* y comienzas a agregar al carrito de compras todo lo que estás segura de que no necesitas pero que, sin duda, se te vería muy padre para unas fotos.

En seguida, te llega una notificación: salió una nueva temporada de tu serie favorita; ves la hora y es tardísimo, pero estás segura de que, aunque salieras en ese momento, no llegarías a tiempo; convences a tu mente de que

puedes faltar al trabajo y a tus clases, igual, sólo es un día. Vuelves a meterte a tu cama y enciendes tu celular.

No puedes creer todo lo que te perdiste mientras no tenías celular.

Todo fue por mí

David Sorrosa Hernández

María Casablanca había salido corriendo de su casa rumbo al cerro, con lágrimas en los ojos y con los sentimientos muertos pero, en el fondo, se sentía bien, trataba de encontrar al hombre de características extraordinarias que era alto, de cuerpo lánguido, con vellos cubriéndole todo el cuerpo, como si fuera un can, con una cola que movía de un lado a otro y con un olor a agua de quina mezclado con colonia de Siete Machos. Había salido corriendo para huir del crimen que acababa de cometer.

La noche no marchaba bien, estaba apurada lavando y tratando, a la vez, de que no se le fuera a quemar la comida para su marido, Benjamín Nader, que llegaba airado del monte.

Benjamín era once años mayor que María, era un hombre de carácter de metal, de sentimientos de piedra y toda su vida estaba encolerizado y, cuando no se encontraba en el monte con la poca siembra de maíz, se la pasaba en la cantina apostando los últimos centavos que tenía bajo su cama de petate. Casablanca se había casado con Nader diez años atrás, cuando su padre, Don Rogelio Casablanca, un viejo alcohólico y adicto al juego de cartas, la apostó. Esa noche de juegos, apostó y perdió

ocho fanegas de maíz, una escopeta de cazar venados, dos burros de carga, cuatro gallinas y tres mil pesos en una sola noche y, cuando ya no tuvo nada que apostar, decidido, apostó a María, que era su hija menor, la más bella, virgen y soltera de las cuatro que tenía. Si ganaba esta vez, volvería a su poder todo lo que perdió, pero regresó al fracaso y tuvo que cumplir su palabra.

El ganador fue Benjamín. Lo único que pedía el padre, arrepentido después del acto tan cruel, era que se casaran por la iglesia para fulminar el pecado inconsciente que había cometido. María Casablanca se casó a la quinta regla. Benjamín se la llevó a su bahareque, que se encontraba retirado del tumulto de la sociedad, cerca de un cerro, en un lugar en donde no se podían escuchar los gritos porque éstos eran devorados por los aires. El cobarde de Don Rogelio no aguantó la pena que se había echado encima y tres noches después de lo sucedido y de haber entregado a María, se colgó de la viga de su casa.

La primera noche que pasó con Benjamín sintió que no daba para más. Supo lo desgraciada que sería su vida. Esa madrugada había llorado en un rincón del cuarto viendo con desprecio y con ganas de matar a esa abominación de marido que adquirió sin amor, recordando y tratando de olvidar la imagen que tenía de su padre, el hombre que la entregó como un objeto sin valor. Maldecía cómo había dejado de ser una niña de esa forma, matando sus ilusiones de haberse casado con alguien a quien de verdad amara y que su vida de casada fuera la figura de amarse uno al otro.

Aquella mañana se acostó después de las dos de la madrugada, cuando los perros empezaban a ladrar de una

forma desmesurada y se sentía un frío nauseabundo que disolvió la tristeza y la soledad de María. Cuando se fue a dormir, anhelaba que alguien entrara a la casa y la matara. Fue en ese momento que le llegó el recuerdo del olor a agua de quina de su madre, muerta cinco años antes. Empezó a pedir por ella, a rogar que la ayudara a sobrellevar la carga que comenzaría a tener desde esa noche. Dentro de sus sueños, María no dejaba de llorar.

En el transcurso de diez años de sufrimiento, cada día se volvía más pernicioso la vida de la mujer. Todos los días, después de que se levantaba, trataba de mantenerse fresca, limpiando de su cara las lágrimas secas que le escurrían en el velo de la noche cuando lloraba en solitario en la parte trasera de la cocina y con los aullidos de los perros. Trataba de aguantarse las ganas de llorar, mas le llegaba el recuerdo de aquella fatídica noche en que dejó de ser una niña.

Benjamín nunca le tuvo aprecio a su esposa, siempre la miraba y la recordaba con desprecio, y sólo la soportaba porque se la había ganado en la partida de cartas y también porque le cumplía en la cama a la fuerza, aunque siempre dijera que no servía para ello.

— Ay, María, ni para coger sirves —le decía después de que terminaba de violarla—, no sé por qué te sigo soportando, vale más el burro que tú.

Una semana antes del crimen, María había salido huyendo de su casa, con dirección al monte; detrás de ella, venía su marido con el machete en la mano derecha y con todas las ganas de matarla, pues esa noche se le olvidó darle de comer al burro, cosa que le tomaba más importancia que a su esposa.

María se salió del pequeño camino que empezaba a perderse a los pies del cerro, siguió corriendo y cada vez escuchaba más cerca la voz de Benjamín. Siempre que se encolerizaba por pequeñas cosas y agarraba el machete o la escopeta y se echaba detrás de ella. María no tenía otro lugar hacia dónde escapar, corría al cerro que tenían cerca de su casa, un lugar que estaba repleto de gigantescos árboles frondosos de aspectos extraños que daban la impresión de que fueran sombras de demonios sobrenaturales que arrancaban el alma de los seres humanos que se encontraban en ese paraje, un cerro de un sempiterno silencio y de un terrible frío que calaba los huesos. María Casablanca se había acostumbrado a estar ahí.

Cuando ya no tuvo fuerzas para seguir corriendo y empezó a escuchar la voz de Benjamín casi apagada, se detuvo detrás de un inmenso árbol para jalar aire. Después, caminó cuatro pasos y se topó, por primera vez, con el hombre de características extraordinarias. María sintió la cabeza hinchada, un recorrido de piquetes de espinas por todo su cuerpo, las piernas temblorosas y sudadas, la cara petrificada de un miedo inocente y, por dentro, le latía una miserable curiosidad mezclada con pavor. No sabía qué hacer, trataba de mantenerse firme, pero no podía. Momentos después, cayó al suelo y se sumergió en un sueño profundo. Dentro de su quimera, se veía reflejada en un espejo con el vestido rojo que su madre le había hecho y que usó al momento de cumplir nueve años, se veía con una gigantesca sonrisa en el rostro y bailando en silencio. Era el primer sueño dichoso que tenía en diez años llenos de sufrimiento.

Al despertar, María tenía la cabeza fría y su nariz percibía el olor a colonia Siete Machos mezclada con agua de quina. Empezaba a separarse de su sueño y comenzaba a recordar aquel extraño sujeto.

Alterada, ella huyó del lugar, ahora no escapaba de Benjamín sino del hombre visto antes de que se desmayara. Mas, en ella crecía una sensación tan grande y una curiosidad desmedida mientras huía, pues pensaba que ese ser extraño era fruto de su imaginación. Vuelve la cabeza y el hombre de olor peculiar se encuentra a dos palmos de su cara; esta vez, en ella ya no prolifera el miedo, sino una gran excitación. María retrocede cinco pasos y una voz crece en su oído, escucha su nombre y le dice que no tenga miedo, que él está ahí para librarla de las cadenas oxidadas que la tienen esposada a la paupérrima vida que lleva. Los ojos de Casablanca se echaron a desprender ríos lívidos de aguas amargas en medio de aquellos árboles colosos en donde reinaba un eterno silencio. Ahora, fuera de su sueño, se siente feliz ahí, al lado del hombre de sorprendentes peculiaridades, quien la abraza con sus velludos y lánguidos brazos.

— No sé si seas producto de mi imaginación, pero es mejor no saberlo. Tu olor me recuerda a mi madre, mantienes viva la fragancia de ella dentro de mi alma —le dijo María con un profundo suspiro que casi le arrebatara las carnes. Esa madrugada ella había vuelto a nacer.

— Estoy aquí porque veo en tus sueños la misérrima y melancólica vida que llevas al lado de tu miserable esposo. Necesitas ser liberada de esa perniciosa y herrumbrosa torre. Sé que, en el fondo, suspiras por escapar de

ese lugar, pero tus miedos te carcomen las costillas y el corazón. Crees que la única manera de salir de ahí es cortar con el hilo que te tiene unida a Benjamín. Llevas diez años en ese infierno y manteniéndote firme, pero tú sabes que tus pies se quebrarán algún día —le susurró al oído con un aire caliente que salía de su nariz.

— Mantenerme firme hasta el fin de mi desgracia... sería una locura. El miedo devora lentamente mi alma; siento un cuchillo que atraviesa todo mi cuerpo; y grandes gusanos se alimentan de mis pensamientos. Las piernas me tiemblan; el aire pálido entra por mis oídos y me congela el pecho... QUIERO SER LIBRE —decía María, como si estuviera ida, observando sin parpadear la piedra rojiza que tenía enfrente.

— Eres tú la única que puede salir de ahí. Corta con ese cuchillo que te atraviesa el alambre que te mantiene al lado de él. Aliméntate tú de los gusanos que se comen tus fortalezas. Al aire lívido que entra en ti, arrebátale la poca vida que trae y llévala hasta lo más profundo de tu corazón. Yo estaré aquí, esperándote siempre. Llevo diez años deambulando en este lugar, alimentándome de la oscuridad y de la tristeza —vociferó aquel ser, con exhalaciones infernales que mantenían caliente a la mujer.

María quedó estupefacta ante las palabras del hombre, le hacían eco en la cabeza y se mantuvo pensando en eso; sus ojos se dilataron y se mantuvieron quietos hasta que los cerró y volvió a quedarse dormida. Cuando despertó, vio que el hombre ya no se encontraba ahí, su cuerpo estaba lleno de un sudor fresco, su vestido desgastado por el tiempo manchado de tierra mojada. Los árboles comenzaban a nutrirse de las luces provenientes

del sol, el viento fresco empezaba a desvanecerse. La fragancia que le recordaba a su madre desapareció también. Se puso de pie y miró por todos lados en busca del sujeto, pero sólo se encontró un pájaro de color rojo que cantaba en la rama de un árbol. Pensó que todo había sido un sueño, se sintió extraña esa mañana. Decidió regresar a casa, como lo hacía cada vez que huía de Benjamín.

En su trayecto, a lo lejos, en medio del camino, vio un burro de una extraña piel roja. María avanza un poco más para verlo mejor y, cuando estaba cerca de él, el animal se evaporó y dejó un olor a quemado, y se soltó un gélido aire. Creyó, por un momento, que era el asno de carga al que había olvidado darle de comer y que fue el motivo por el que salió corriendo de casa perseguida por su marido. Pero era difícil de creer que el burro de Benjamín se hubiera soltado del lugar en donde lo dejaba amarrado, a menos de que el burro estuviera muerto y lo hubiera desamarrado para dejarlo en libertad... Pero no fue así.

Cuando llegó a su casa, lo encontró en la cocina, borracho y maldiciéndola, llorando como un perro abandonado por su dueño. María empezó a prepararle un té de hoja de naranjo con un poco de alcohol etílico para dárselo. Mientras lo preparaba, su cabeza, que aún mascaba las palabras dichas por el ser del monte, se hundió en la idea de librarse de Benjamín. Pero, era cierto lo del miedo que sentía al hacerlo. Se sentó a la espera de que el té hiciera efecto. Miraba ahora a Benjamín tirado en el suelo de la cocina retorciéndose como un gusano, imaginándose cómo sería su vida sin él, la vida que llevaría si su

padre no la hubiera apostado, si su madre o sus hermanas estuvieran ahí con ella. Trató de mantener firme los ojos, pero estos comenzaron a llenarse de agua.

Una semana después, la noche del crimen, María se encontraba lavando y, a la vez, tratando de que no se le fuera a quemar la comida que estaba en la lumbre. Eran alrededor de las diez de la noche cuando llegó Benjamín de la cantina algo borracho y enfurecido, pues había perdido el último centavo que tenía en un juego de cartas. María lo miró con un poco de miedo, dejó de lavar y trató de servirle de la olla que estaba en el fogón pero, antes de que metiera la cuchara a la olla, Benjamín la agarró del cabello y la tiró al suelo y le soltó un golpe en la cara con toda su fuerza. María le dio una patada en las costillas y Benjamín cayó. María se levantó de inmediato, se llenó de un gran ímpetu, cogió un cuchillo de la mesa de al lado, un cuchillo muy grande y oxidado. Cuando Benjamín Nader se repuso del golpe, se lanzó contra ella y ésta, con todas sus fuerzas, con una gigantesca rabia y con lágrimas en los ojos, enterró el arma en la parte derecha del abdomen de Benjamín que le atravesó el intestino y parte del hígado; sacó el cuchillo y lo clavó con algo de dificultad en el diafragma. Se oían los gritos de dolor de Benjamín. Volvió a sacar el cuchillo del cuerpo y le dio el golpe mortal: se lo clavó en el cuello. De la herida salió un líquido espeso de color rojo con un olor tan desagradable que impregnó todo el vestido viejo de María. Benjamín cayó de bruces al suelo, así finalizaban diez años de sufrimiento. Del cuerpo de Benjamín salían ríos de sangre. María Casablanca era libre pero, al ver el cuerpo de Benjamín tirado en la cocina, sintió, por

un momento, un miedo que le corrió por las venas; tiró el cuchillo y se echó a correr hacia el cerro. Esa vez huía para encontrar al hombre de características extrañas en medio del monte.

Y, en efecto, María Casablanca encontró al sujeto, lo vio desde lejos y le gritó que había sido liberada de las cadenas oxidadas. María estaba fresca, renacida y mostró su primera sonrisa viva, la que no había mostrado desde que se casó, diez años atrás, con Nader, cuando su padre la apostó. Percibió las pisadas del hombre acercándose cada vez más. Sintió una gran alegría. Ya veía al ser a dos palmos de su cara y éste le sonreía. María se sentía en paz.

— Gracias a ti pude cortar el hilo que me mantenía unida a Benjamín. Ahora puedo correr sin tropezarme, sin mirar atrás, sin tener miedo, sin ser lastimada. Ahora puedo ver lo hermoso que es el cielo. Tenía tanta vergüenza de mirar hacia arriba, de ver cómo Dios me miraba con lástima sin que yo hiciera algo para cambiar mi vida —dijo al hombre, gritando, María. Sólo se escuchaba el cantar de los grillos muertos y se empezó a esparcir un frío nauseabundo proveniente de los árboles.

A lo lejos, en medio del monte, con la luz de la luna y con el cielo punteado de estrellas, se ve a María Casablanca hablando sola y bailando al compás del silencio.

La culpa nunca fue mía

David Sorrosa Hernández

Al término del mes de agosto, el pueblo volvió a amanecer con cinco bebés muertos, con éstos ya eran diecinueve casos en el transcurso de los últimos tres meses. Presentaban los mismos rasguños por toda la cara, se miraban lánguidos, como si algo se hubiera alimentado de sus líquidos hasta saciarse por completo; traían los piquetes en el lado izquierdo del cuello y, alrededor de esas pequeñas roturas, el color verde que era distintivo en los otros catorce recién nacidos que amanecieron sin vida al final de los tres meses anteriores. No se sabía cuál era el origen de aquellos actos tan crueles, pero en el pueblo, de no más de setecientos habitantes, empezaban a culpar a la familia de indios establecidos cerca de una pila de agua que había llegado hacía apenas tres meses.

La familia de indios estaba compuesta por cinco integrantes: Aparicio, la madre, Jacinto, el padre, Anastasia, y dos gemelos, Rodolfo y Adolfo, menores que su hermana. Aparicio tenía conocimiento de las propiedades medicinales de las plantas y era sobria al momento de hacer las cosas. Jacinto era un hombre con facciones que arrastraban preocupaciones de los otros pueblos que iba dejando; desde su llegada la comunidad, él sólo se dedicó a la siembra de maíz en un terreno que rentaba a cambio de la

tercera parte de su cosecha. Los gemelos, que eran mudos, pero traviosos como si fueran los acólitos del diablo, ayudaban a su padre con la cosecha de mazorcas. Anastasia era una muchacha de un carácter extraño que siempre traía el pelo amarrado con el mismo lazo de color verde; casi nunca salía de casa, sólo lo hacía en el momento en que las cigarras empezaban a cantar, pero desviaba la mirada cuando alguien conectaba con sus ojos, y caminaba con dificultad. Anastasia tenía la cara llena de minúsculos rasguños y presentaba un particular olor a flores de velorio envueltas en el incienso de las veladoras.

Aquella casta vivía algo retirada del pueblo, en un bahareque que Jacinto encontró abandonado y que no le pertenecía a nadie del lugar; vivían cerca de una pila de agua y al lado de un gran árbol frondoso que daba la impresión de que era un gigantesco animal de cinco patas que cubría con sus garras a la choza. Al momento de llegar a ese sitio, los pobladores vieron con malos ojos a la familia, especialmente a la hija, quien era la que más llamaba la atención de los cinco.

Todas las noches, mientras el pueblo entero dormía bajo el intenso calor del verano y un cielo atascado de estrellas, mientras los perros marcaban el ritmo de su respiración con el de sus amos, Aparicio y Anastasia eran las únicas personas que se encontraba en vela afuera de su pequeña casa hablando en su dialecto y tratando de borrar de sus memorias los acontecimientos y malos recuerdos que venían amontonado en el transcurso de sus trayectos y que iban depositando dentro de un gigantesco baúl. Las dos siempre se mantenían despiertas más de la media

y eran las primeras en despertar antes de que el gallo cantara. Todas las noches Aparicio le decía a Anastasia:

— Hija, irte a dormir temprano ayuda a la precoz hora a fabricar los sueños prematuros y con esos sueños te hacen llegar los malos recuerdos. Es mejor mantenerte despierta un poco más de la media, tratando de erradicar las memorias podridas. Cuando crees que el gusano de los remordimientos los ha devorado por completo, puedes irte a la cama, eres libre entonces en tus sueños. Puedes nadar en paz, lejos de ellos...

Anastasia escuchaba sin parpadear, mirando el trayecto de las estrellas que caminaban en ese cielo profundo. Por dentro sentía como si alguien estuviera viviendo en ella, un minúsculo ser que no quería abandonar ese lugar. Siguió pensando en eso hasta que, después de que pudo fusilar los malos recuerdos, se quedó dormida en la hamaca en la que estaba acostada. Sus sueños eran opacos y, a la vez, desprendían lívidas partículas de luz que eran absorbidas por una sombra con forma de animal.

Aparicio todas las noches trataba de que su hija borrar de su cabeza las cosas por las que pasaba. Las últimas noches de cada mes, Anastasia pasaba por momentos de trance en su cama, gritaba como un animal en celo, se retorció como si estuviera sobre el fuego, se arañaba las carnes, saltaba de arriba abajo como una cabra, no se le entendía nada cuando trataba de hablar, de su boca salían ríos espumosos y soltaba un olor a cuero de perro seco. Y, por más que Jacinto la amarrara a la cama, siempre se soltaba. Encendía cohetes debajo de su litera para tratar de que la pólvora esparciera el mal espíritu y el olor. Pero

era imposible que la peste se fuera. Aparicio tardaba en prepararle un brebaje que llevaba piel de conejo, dientes de ajo, con un trozo de bejuco de agua y una rama de cayahue que la calmaba por unas horas. El remedio debía de hacerse al instante para tener efecto, si no, las consecuencias serían peores. Mientras su padre la sostenía de los brazos y cada gemelo de un pie, Aparicio le dejaba caer la bebida en la boca de un jalón y, minutos después, Anastasia se quedaba quieta por un momento en la cama, aunque aún seguía gimiendo como un animal y volvía al estado de trance y convulsionando, pero ahora la podían volver a amarrar.

Los padres sabían que su hija era un “tono”. Cuando tan sólo tenía seis meses de haber nacido, su vecina, Hipólita, quien era una vendedora de gallinas, pasaba todas las noches a la casa de la casta, arrullaba a la hija y le hablaba en su dialecto. Una de las tantas noches en que Jacinto ya había despedido a la mujer y cerrado la puerta, encontró a Anastasia debajo de su cama envuelta en trapos verdes que fueron difíciles de quitar. Cuando, finalmente, pudieron desprender los trapos de su cuerpo, observaron que traía una diminuta marca en el cuello y una pequeña mordida de color verde. Desde esa noche, nada volvió a ser igual para la pareja. En especial para Jacinto, quien tenía que cargar con preocupaciones todos los fines de mes.

Casi a la consumación del primer mes que pasaba la familia en ese pueblo, en junio, el día veintiocho, el pueblo amaneció con seis bebés muertos, de los cuales, dos de ellos, que eran gemelos e hijos del comisario García,

amanecieron con rasguños en la cara, con dos piquetes en el lado izquierdo del cuello y un color verde que empezaba a esparcirse por todo el cuerpo. Por esa extraña situación, la noticia conmocionó al poblado, además de que era muy improbable que murieran infantes después de que éstos sobrevivieran las 22 semanas de haber nacido.

El único doctor de la zona, Don Francisco, al momento de observar y examinar a los gemelos, encontró las marcas que harían de éstas la sospecha de que algún animal ponzoñoso se metía a los cuartos y los picaba. Lo primero que al doctor le llamó la atención cuando los encontró postrados en sus camas y que lo sorprendió fue el estado físico que presentaban.

— No creo que sea un animal ponzoñoso, Rubén —dijo a su ayudante—, ve el estado físico de los niños. Probablemente se trate de un animal chupasangre mucho más grande que un insecto —dijo en voz baja.

— Tal vez se trate de cientos de animales pequeños que entran y chupan la sangre todos a la vez —tomó la palabra el ayudante.

— Rubén, observa los pequeños orificios de aquí —decía Don Francisco mientras señalaba el cuello—. Hay que apurarnos porque tenemos otros bebés que examinar.

Don Francisco se acercó al comisario García, quien estaba sentado cerca de la cocina, tomando de una botella de aguardiente, tragándose el dolor por la pérdida de sus hijos.

— Mi más sentido pésame, comisario. Los gemelos fueron examinados y la causa de muerte fue por la mordedura de un murciélago. Pero no estoy tan seguro de

ello, ya que presentan un estado físico de languidez muy extraño. Necesito examinar los otros casos y ver si se trata de la misma situación. Siento por lo que está pasando —fue lo último que le dijo el doctor al comisario, quien sólo le dio las gracias y siguió tomando de la botella.

En una esquina de la casa se encontraban tres mujeres en el mismo estado que el señor García, pero llorando a gritos. El doctor Francisco salió de ahí y se encaminó en busca de los otros cuatro casos de bebés fallecidos.

El doctor llegó a la casa de la familia Salazar, que presentaba un muerto; encontró en la puerta de la casa a la abuela del niño, quien traía una pena gigante en los rasgos de su cara, le dio el pésame y entró. La abuela le dijo que la madre estaba aturdida por la situación y que se desmayó al instante de encontrarlo postrado en su cama, y que su hijo, Martín, quien era el padre, se mantenía al lado de él en esos momentos.

— Bruja, doctor. Se vuelve a repetir la historia de mi vida. Otra vez está de vuelta, se convierte en “tono” y ataca a los bebés de noche. Hace diez años que mi primer hijo de cuatro meses de nacido amaneció con los mismos signos. En cinco meses, mi pueblo tenía veinticinco casos de infantes muertos. Al principio, pensamos que era producto del mal de ojo, pero a finales de mayo, dimos con el maldito animal, ya iban veinticinco casos, con el veinticinco lo matamos... con el veinticinco —decía el padre con la mirada fija en la ventana mientras movía la cabeza—. Cuando encontraron a la cosa de aspecto de perro alto y huesudo alimentándose de la sangre del hijo de nuestros vecinos, el padre sacó la escopeta y le hirió

en la pierna, salió por la ventana gritando. Todo el pueblo lo siguió hasta dar con él, lo mataron y quemaron el cuero. Nunca supimos cómo llegó hasta ahí, sólo sabíamos que, a final de mes, amanecíamos con niños muertos —el hombre hablaba mientras el doctor miraba a los bebés—. Y otra vez está de vuelta, nos mudamos a este pueblo tratando de dejar aquello atrás, y ahora vuelve a pasar lo mismo. Sé que usted no me creerá, es un hombre de ciencia, pero ahí están las pruebas —lo decía señalando al bebé—, y, de seguro, los otros casos estarán con los mismos signos de mi hijo. Necesitamos matar a la cosa... Ya no los examine, sé de qué murieron.

— Rubén, pásame esa sábana —el doctor señaló la manta que su ayudante tenía al lado, cubrió el cuerpo del pequeño, tratando de comprender lo que acababa de escuchar, comparándolo con el caso de los hijos del comisario. Sabía, por los estigmas, que habían sido atacados por la misma especie de animal, pero no sabía cuál. Dudó de la historia de la cosa peluda, era algo que no iba con él.

El médico y su ayudante salieron de aquella casa, le dieron de nuevo el pésame a la abuela, quien empezaba a recibir flores y veladoras de sus vecinos y se fueron rumbo al otro caso del bebé fallecido.

— Tú qué sabes de los tonos o nahuales, ¿crees en eso? —le hablaba Don Francisco a Rubén mientras caminaban por un lugar de terracería.

— Mi familia sí es muy creyente de eso, pero... yo como que... amh... no va conmigo, es algo absurdo que una persona pueda volverse un animal... Mi abuela, de

niños, ya aturdida por la edad, siempre nos contaba la historia de un burro que entraba todas las noches a su corral para comerse su siembra, hasta que, una noche, mi abuelo, cansado del animal, salió con su escopeta y le disparó en la cabeza. Al día siguiente se enteraron de que su vecino había recibido un balazo arriba de la oreja. Él no se llevaba muy bien con mis abuelos, siempre peleaban. La esposa pidió el cuerpo del burro, pero no se lo dieron. Le quitaron el cuero y lo quemaron. Según, que es para que no regrese y ocupe otro cuerpo que tenga la misma situación. Es una de las tantas historias de tonos que sé y aún así sigo sin creer. Pero, usted no creerá que el caso de los bebés se deba a un tono, ¿o sí, doctor?

— No, no, no, no, pero no hay que descartar nada. No soy creyente de eso, pero empiezo a dudar: los signos son los mismos, son atacados por el mismo animal, un animal grande y ágil. O, tal vez, se trate de varios animales, porque no creo que uno solo... en una noche, se alimente de los líquidos de tres cuerpos, y no sabemos si los casos que siguen están iguales.

— ¿Sí se dio cuenta, doctor, de que arriba faltaba una teja?... y... en el piso no había rastro de ella.

— No, no vi, pero no tendrá nada que ver con esto —ve a la señora de un lado a otro—. Vamos un poco retrasados... ya les trajeron la caja. Creo que ya lo irán a meter —terminó de decir el médico mientras aceleraba el paso.

— Era el primer hijo de Doña Prudencia, mi madre se lleva bien con ella, mi mamá me dijo que soltó un grito de desesperación y de agonía al momento de encontrar a

su hija sin vida. Don Pedro está en estos momentos en la capital y no le han dicho.

— No lo pude matar, salió por la ventana y se fue corriendo hacia la pila de agua. Era alto, huesudo, de poco pelo y tenía la cabeza como de un perro con cara de armadillo. No pude matarlo —gritaba el tío de Prudencia a la gente que estaba en la casa. El médico se acercó a la madre, quien estaba sentada y oliendo alcohol etílico, ni siquiera le habló. Al fondo, pudo ver la cama en donde estaba postrado el cuerpo del infante; desde lejos se notaba su estado físico de languidez. Más de cerca, vio los mismos signos de los otros niños.

Don Francisco no supo qué pensar. La ciencia no intervino en esos momentos. Cuatro casos ya con las mismas marcas, la historia de Martín sobre los tonos, lo que gritaba el tío de Prudencia... Su cabeza empezaba a dar vueltas, necesitaba ver el quinto caso y buscar explicaciones a lo sucedido. Le dio el pésame a la madre, que aún estaba ida, y salió de prisa sin dar un diagnóstico.

Al lado de unos establos, se encontraba la casa de los Cortázar, un lugar en donde abundaba la suciedad, charcos de agua por doquier y cerdos que iban de un lugar a otro. Los Cortázar eran una familia humilde.

Tendido ya en la mesa, rodeado de su familia y de flores de muerto, se encontraba el quinto bebé de los seis que amanecieron sin vida ese día. La manta le cubría casi todo el cuerpo, sólo la cara permanecía al descubierto, chupada, como si alguien o algo hubiera bebido sus líquidos. El médico pensó por un momento que el niño presentaba un cuadro de desnutrición por haber nacido

prematureo y por la falta de leche materna, estaba casi seguro de ello, hasta que pidió permiso a la madre para levantarle un poco la sábana; ella accedió con lágrimas en los ojos. El doctor alzó el trapo y miró las punzadas en el cuello. Otra vez la misma marca de los otros niños. A pesar de los estigmas, y aunque ya estaba tendido, el médico le informó al padre, quien ni le prestó atención, que era una desnutrición severa la causa de la muerte, y por una infección causada por una bacteria. Así trataba de borrar de su cabeza las ideas acerca de que un animal entró a las casas de los niños y se alimentó de ellos, pero le seguía dando vueltas. Don Francisco y su ayudante salieron para no molestar en el velorio y, por último, le dio el pésame al padre.

Marcharon hacia el sexto y último caso; era cruzar todo el pueblo y dar el diagnóstico. Ninguno de los dos dijo nada durante el trayecto. Llegaron tarde a la casa del vado, la caja con el cuerpo había partido ya al sepelio, sólo encontraron rastros de flores saliendo del lugar. El doctor se sintió mal por haber llegado tarde, pensando, tal vez, que ese caso estaba exento de todo lo que había visto en los cinco casos anteriores y creyendo que, en realidad, se trataba de una nueva enfermedad que se contagiaba a través de la leche materna, ignorando los piquetes del cuello.

A la familia de indios no se le vio durante los días fúnebres. En esos días, todo el pueblo sólo hablaba de las muertes acontecidas. Algunos creyentes, como el mismo Martín, comenzaron a esparcir el rumor de que la comunidad estaba siendo atacada por un nahual. La anécdota

del tío de Prudencia empezó a cobrar relevancia entre las personas que sabían de eso.

Aparicio únicamente escuchó los rumores cuando fue a tratar unos empachos a los niños del pueblo. Una vieja le cuestionó si ella sabía algo de los tonos o nahuales, a lo que respondió:

— No es culpa del tono atacar a los humanos; en algunos casos, ellos pierden la conciencia al momento de su transformación y actúan contra su propia voluntad, Dios sabrá lo que hacen. Pero hay otros que cometen maldades siendo conscientes de ello. Ellos merecen que su cuero sea quemado. Pero los otros no, no, hay algunos que sufren maldiciones.

La mujer que había preguntado la observó con unos ojos sospechosos y de una manera suspicaz.

— Entonces, tú, que eres india y sabes de esas cosas, ¿crees que los bebés hayan fallecido de manera natural o es producto de un ataque de un tono que anda suelto entre nosotros?

— No sé, pero lamento profundamente las muertes —fue lo último que dijo Aparicio. La señora volvió a verla de la misma manera.

Por último, le dijo: — Ahora no sabemos cuándo volverá a atacar y a quiénes. Que Dios y la Divina Providencia nos protejan.

Al final del siguiente mes, en julio, la comunidad volvió a sufrir el mismo ataque. Pero ahora se contabilizaban ocho fallecidos. Volvieron a sonar las alarmas. Y, a pesar de los rumores de que aquello era producto de una nueva enfermedad, rumor que el doctor se encargó de esparcir

para no hacer creer a la gente que las muertes estaban relacionadas con nahuales, todos empezaban a desechar esa explicación y a creer más en las historias de Martín y del tío de Prudencia.

La parroquia del pueblo empezó a recibir más fieles los domingos en misa, algunos comenzaron a bautizar a sus hijos, otros se fueron del lugar. Pidieron a la Arquidiócesis que bendijera a la comunidad, pero nunca se atendió a su llamado.

Aquel día, el médico no tuvo tiempo de examinar todos los casos, sólo alcanzó a revisar cuatro, los demás ya habían sido enterrados el mismo día debido al desagradable olor a cuero de perro muerto que empezaban a desprender. Los cuatro casos que tuvo oportunidad de checar lo volvieron a sorprender porque, ahora, uno de esos cuatro tenía una nueva marca: alrededor de la mordida empezaban a crecer pequeños vellos de aspecto de roedor. El médico aún se aferraba a la idea de una infección causada por una bacteria transmitida por la mordedura de un animal. Trataba de erradicar de la cabeza del pueblo los relatos que empezaban a devorarlo.

Don Francisco y Rubén eran los únicos de la localidad que se mantenían firmes a sus ideas. El cura del pueblo ordenó que se realizara una procesión cada dos días para que Dios escuchara sus plegarias. Pero, tres procesiones después, el sacerdote amaneció muerto en su cama producto de un paro cardíaco, según el diagnóstico del doctor.

Aparicio se mantenía al tanto de todo lo que se hablaba en el pueblo, temía lo peor, que todo el tumulto se

fuera contra ellos por el simple hecho de ser indios y porque ella tenía conocimiento de las plantas medicinales. Este fin de mes, la familia fue precavida en el trance de Anastasia. Pero ya en el pueblo se cultivaban minuciosas sospechas de que esa casta de cinco integrantes era la causante de todo lo que estaba pasando. A Aparicio le atribuyeron la muerte de una niña de nueve meses a quien le había tratado un empacho avanzado y que, a la semana, murió; los padres culparon a la india por el óbito de la menor y ahora tenían más fundamentos para relacionarla con los fallecimientos de los bebés. Ella dejó de ir a misa los domingos por temor a ser asesinada y ya no se le vio en el pueblo tratando empachos.

Corría la primera semana del mes de agosto y en la plaza del pueblo se convocó a una junta de emergencia. El tema a tratar eran los casos del nahual que había llegado a la localidad atacando a los niños. Se acordó un toque de queda los últimos cuatro días de ese mes a partir de las siete de la noche, las personas que tenían niños menores de cinco años tendrían que vigilarlos constantemente, las ventanas deberían de sellarse al igual que las puertas, los perros permanecerían en vela al igual que los hombres. Se tendría que interrogar a todas las personas que eran de cara nueva. Nadie habló del caso de la familia de indios que vivía cerca de la pila de agua desde hacía dos meses, tal vez por temor a represalias. Un hombre alzó la voz alegando que se hiciera un juicio en contra de un húngaro que vivía en el pueblo desde hacía cinco meses y que vendía amuletos y brebajes para curar enfermedades. El comisario García, con el nuevo párroco, levantó el acta

en la que se estipulaba el interrogatorio que se haría en contra del hombre extranjero y, de encontrarlo culpable, se le quemaría en la plaza. El húngaro se marchó ese mismo día, huyendo del iracundo pueblo.

El mes de agosto empezaba a morir, todos comenzaron a quedarse en sus casas. Se pusieron en marcha los puntos acordados en la junta. La comunidad se quedó en vela toda la noche, tratando de atrapar al tono de aspecto horrible.

Un campesino, de nombre Mauricio García, alertó a la localidad de que en la casa de los indios pasaban cosas extrañas.

— Mientras venía apurado del monte para llegar al pueblo, escuché a lo lejos los gritos espantosos de una mujer que gritaba como animal en celo, la voz se le distorsionaba con aullidos de perros. Los sonidos provenían de la pila de agua. Mi escopeta me armó de valor, pensé que era la metamorfosis del nahual. Me acerqué rápidamente y vi a lo lejos que los indios sostenían a una muchacha que trataba de zafarse de ellos, pero no podía. Traté de acercarme más, pero no pude, el hombre me vio desde la ventana y mi valor se desvaneció y me eché a correr con el burro. Son ellos los responsables de las muertes. La muchacha estaba transformándose, es ella el nahual. Tenemos que matarla.

El vecino de Mauricio, quien había escuchado la noticia, mencionó que un nahual debía de ser asesinado cuando el alma esté en el animal, ya que, si se mataba a la muchacha y no al tono, se quedaría para siempre aquí, porque no tendría un cuerpo para volver a entrar y,

entonces, ningún artefacto acabaría con él. Nadie sabía qué hacer, el pueblo ya sospechaba que los indios eran los responsables de las matanzas. Trataron de esperar hasta el siguiente día mientras aguardaban a que el nahual atacara en las casas para matarlo y que no se quedara para siempre en ese lugar. Pero nadie supo cómo fue que el pueblo despertó con cinco niños muertos, entre ellos, el sobrino del doctor Francisco, quien, al momento de entrar al cuarto, miró que él pequeño estaba en las mismas condiciones que los otros casos. Alcanzó a ver en el techo la cola de la cosa deslizándose por el espacio de la teja que faltaba. Fue ese episodio el que le hizo creer que las muertes eran culpa del nahual y no de una enfermedad producida por una bacteria. Apoyó al comisario en la captura de la casta. El comisario canalizó el resentimiento que tenía de las muertes de sus hijos y ordenó inmediatamente la captura de la india. Y, si los padres se oponían al arresto de su hija, los veladores podrían abrir fuego contra ellos. Todo el pueblo enardecido se dirigió a la pila de agua.

Como era de esperarse, los padres se enfrentaron a los pobladores, quienes, sin esfuerzo, dispararon contra ellos. Anastasia, que presentaba dificultades para caminar, trató de correr, pero no pudo, salió con mucho esfuerzo por la ventana, pero era inútil, la casa estaba rodeada. Cayó al suelo, los gemelos trataron de ayudarla, pero fueron detenidos por la multitud. Anastasia trató de levantarse con dificultad, pero el precipitado pueblo se acercó para atraparla, le hirieron con un machete en la pierna; sus hermanos trataban y trataban de ayudarla, pero no po-

dían zafarse de los pobladores. Otra vez en el suelo, la muchedumbre la levantó para llevarla frente a la iglesia en donde estaba la fogata encendida. Anastasia gritaba, pero le taparon la boca, todo el tumulto vociferaba que la mataran de una vez por todas, que se cobrara venganza de los diecinueve asesinatos cometidos. Finalmente, llegaron a la plaza en donde lanzaron al fuego el cuerpo de aquella muchacha que sufría de aquella terrible maldición, una maldición involuntaria que la transformaba en un tono que sus padres nunca supieron de cuál era.

Por eso la familia cambiaba de lugar constantemente, trataban de evitar que aquella tragedia se diera, que la gente relacionara sus problemas con el embrujo que Anastasia sufría. Era por eso que Jacinto cargaba con cara de preocupación, porque nunca pudo tener un lugar fijo en donde se quedarán para siempre; dejaban todo lo que tenían cuando sucedía una calamidad en el pueblo en donde estaban y evitaban que su hija fuera la posible responsable. Sólo veía cómo su descendiente padecía todos los fines de mes. Ahora, desde el día de su muerte, pudo descansar en un lugar fijo, lo que tanto había anhelado.

El viento empezó a esparcir el olor a cuero quemado. El pueblo bailó por la muerte del nahual que en tres meses había acabado con la vida de diecinueve bebés. La comunidad se veía feliz porque ya no amanecerían con más muertes el siguiente fin de mes.

Sin embargo, a finales de septiembre, el pueblo volvió a despertar con siete muertos, pero ahora ya no eran de bebés, sino cuatro adultos y tres muchachos que presentaban los mismos signos. Volvió el pánico a las calles. Todos

estaban sorprendidos, en especial el comisario García, quien era el que había mandado quemar a la muchacha de carácter extraño, pensando que ella era el nahual y la autora de las diecinueve muertes ocurridas en los meses anteriores. Al término del siguiente mes, otra vez volvieron a sonar las alarmas, se contabilizaban ahora nueve adultos mayores atacados en sus camas. Nadie sabía lo que pasaba. Todos se atormentaban por la niña que habían quemado. Algunos pensaron que el vecino de Mauricio tenía razón, que el alma del nahual ya no encontró el cuerpo de la muchacha y se quedó para siempre en ese paraje. Fue en ese momento cuando llegó la noticia del pueblo vecino avisando que un tono que se transformaba en un perro huesudo y alto había sido asesinado por un campesino al momento de encontrarlo alimentándose de su hija. Descubrieron que el nahual era el sacerdote de esa localidad que había llegado hacía cinco meses por órdenes de la Arquidiócesis: un viejo de aspecto extraño de quien nadie sospechaba. Esa misma madrugada se reportó la muerte del clérigo a causa de un balazo en la pierna y pecho, los mismos que recibió el adefesio cuando fue encontrado en el cuarto de su víctima. La población quemó el cuero del tono y el cuerpo del cura cambió de aspecto, una piel como de cerdo quemado y un olor desagradable empezó a llenarse de ámpulas y el característico color verde comenzaba a devorarlo, signo de un nahual consciente de lo que hacía.

Desde ese día el pueblo no volvió a ser el mismo. Todos trataban de erradicar de su memoria el acto tan cruel realizado en la plaza, pero ninguno pudo lograrlo.

La gente de la localidad se quedó sumergida para siempre con ese pecado en sus conciencias, un mal recuerdo que nunca lograrían depositar en el gigantesco baúl.

La bella

Sandra Hernández Barrón

No iba a hacer nada esa noche. Al salir del trabajo, mi rutina diaria se había convertido en ir por el auto a un estacionamiento cerca de la oficina y, luego, directo a casa, probablemente a dormir, si es que su recuerdo me lo permitía. El camino era borroso, como de costumbre, mis ojos, que sufrían ya por la falta de lágrimas, enrojecidos, me permitían apenas ver manchas inciertas de lo que estaba a mi alrededor. Maldecía todo lo que se pudiera, maldecía el ruido, el camino, el aire, la gente, la maldecía a ella. No sé cuántas veces le había llorado ya, pero siempre me decía que no importaba, podría hacerlo mil veces más. Tú cambiaste mi idea esa noche.

Te vi en la noche triste, solitaria, horrible, dentro de mi martirio rutinario... Yo te vi. Llevabas ese hermoso vestido amarillo hasta la rodilla que halagaba tus curvas, que halagaba tu rostro, que hacía un contraste perfecto con el color del cielo y tu cabello suelto color oro; llevabas también unos tacones negros, un poco maltratados por el tiempo, pero no te preocupes, te quedaban de maravilla, casi ni se notaba. Creo que tenías frío, quizás olvidaste tu abrigo en algún lado porque cruzabas los brazos como dándote consuelo a ti misma, pero no importaba, porque aun así te veías bella, tan bella. No te voy a mentir, me la

recordaste mucho: sus mismos ojos verdes, sus mismos labios delgados y pintados de rojo; era como si encima te hubieran puesto su rostro, sólo que tú eras menos majestuosa, más mortal.

Supongo que te diste cuenta cuando me volví para seguirte, porque el ritmo perfecto del “tap tap” que llevabas con el golpe de tus tacones aceleró de repente. ¿Por qué huías? No tenías que temer, no tenías que escapar ni dejarme, no como ella. Yo sólo quería cuidarte, no podías caminar sola de noche, era peligroso, quería llevarte a casa, ponerte a salvo. ¡Tú debías quedarte conmigo, eras mejor que ella!... No, perdona, perdón que me he alterado, es sólo que no entiendo por qué no pueden apreciar lo que hace uno por ustedes. Todas las mujeres son iguales.

Te tomé al fin del brazo, creo que no te lo esperabas porque soltaste las llaves a las que te habías ido aferrando entre tus dedos todo el camino. Gritaste, intentaste que te soltara, pero te rendiste ante mi mano en tu boca, que prohibía cualquier sonido. No tenías que llorar, de verdad, yo sólo quería cuidarte y llevarte a salvo, por eso me di la vuelta para retomar el camino a mi auto. Y no es que no te quisiera a mi lado cuando te subí en el asiento de atrás, sólo que de verdad no me gustaba verte llorar, me rompía el alma, y tenerte al lado mío habría vuelto el camino en algo eterno; me conformaba con mirarte por el retrovisor y, de cualquier modo, estando sentada atrás no había forma de que te escaparas, todo tenía seguro. Aun así, no te tranquilizaste en ningún momento.

Espero que el auto todavía huela a ella, quizá ese aroma a rosas te relajaría, a mí sí, me encantaba entrar,

cerrar los ojos, e imaginar que se sentaba ahí, a mi lado, tan hermosa como siempre. Como tú, solía llorar muy seguido cuando se subía, siempre por una razón diferente, siempre con un drama nuevo que me repugnaba.

Llegamos al departamento, te había mirado varias veces por el retrovisor y cada vez me enamoraba más de ti, y es que eras bella, increíblemente bella. Te bajé del auto, me rogaste que por favor te dejara ir a casa, lo estaba haciendo, princesa, lo estaba haciendo. Subimos al departamento, ése que ella odiaba tanto, siempre peleábamos porque el espacio era “muy pequeño”, pero con mi salario... ¿qué más se podía esperar? Ella nunca quiso entenderlo, “¡Si en vez de tus vicios gastaras en nosotros, no estaríamos en la miseria!”. Como si ella entendiera el esfuerzo que yo ponía todas las malditas tardes rompiéndome el lomo en el trabajo. ¡Yo también merecía una recompensa de vez en cuando! Pero, ¿sabes qué? Tú fuiste diferente, no te quejaste por la pila de trastes sucios en la cocina o por la ropa tirada en la sala, tú sólo entraste con la cabeza agachada, eras en ese momento la mujer perfecta para mí y, sobre todo bella, increíblemente bella.

Mis vecinos siempre fueron muy molestos, pero supongo que no se podía esperar otra cosa de una anciana al borde de la muerte y su esposo en silla de ruedas; a veces me preguntaba cómo es que aún no los habían encontrado muertos dentro de su apartamento. Los escuchaste saliendo, siempre tan ruidosos, y decidiste gritar por ayuda, ¿por qué?, yo estaba dispuesto a darte todo de mí y tú te empeñabas en romper mi corazón. Ella sabía cuánto odio el ruido, ella no habría gritado, pero tú lo hiciste y no te detenías, y te juro que no te habría tomado de la

boca si hubiera sabido que tu mandíbula haría “crack”, no habría apretado tan fuerte, lo juro.

Aunque si te sirve como consuelo, nunca te había visto tan bella, con la cara así, asustada, roja, deforme, estando tirada en el piso de rodillas, mirándome con terror, te veías increíblemente bella. Y lo siento si en ese momento hice algo indebido, es que no me pude contener, pero sé que te gustó, te gustó tanto que, para cuando te aventé a mi cama, ya no luchaste, sólo estabas ahí, acostada, portándote bien, qué alegría.

Te quité la ropa, el hermoso vestido amarillo y los tacones descuidados, de la manera más delicada que pude, ¡qué cuerpo más bello!, pero tú no parabas de tocarte la mandíbula y yo lo odiaba, y es que no fue mi culpa, tú no parabas de gritar, tú lo provocaste, te esmeraste tanto en hacerme sentir culpable: “¡Deja de hacer eso!”, grité, y luego me disculpé por perder el control, no quería asustarte, pero estabas lastimando mi corazón, y no era justo.

Respiré profundamente para quitarme todo pensamiento negativo porque te tenía ahí en mi cama, tan bella, que no podía desperdiciar la oportunidad estando enojado. Entonces te lo pregunté: “¿te gusta jugar con cadenas?”, a mí me encanta, me encantan las cadenas, y yo sé que a ella también le gustaba mucho porque lloraba de emoción cuando la amarraba a la cama, justo como lo hice contigo.

Y lo siento si acabó rápido, es que estuviste increíble, tus ojos, tu piel, tu cuerpo, todo.

Me confundió que me intentarás atacar cuando te desaté, ¿por qué?, ¿acaso no te gustó? Estabas cansada, no tenías que esforzarte más, quería que dejaras de

atacarme, no por mí, sino porque no quería que te lastimaras, yo tenía que cuidarte, ¿recuerdas? Entonces te empujé, un poco más fuerte de lo que había querido, pero al menos te detuviste.

Caíste al suelo y yo me alegré porque al fin estabas descansando tranquila. Y debo decir que así, acostada en silencio, con un río de sangre naciendo de tu nuca, pude notar cosas que no había notado antes, que tus labios se habían pintado de un rojo muy hermoso, por ejemplo, o que te comías las uñas, e incluso noté que tenías moretones en las rodillas y, con todo eso, te vi aún más bella que nunca.

No sé cuánto tiempo subí y bajé tu cadáver de la cama antes de que el olor llegara a mis vecinos, les causaba molestia, evidentemente, a mí también un poco, así que, al final, te tuve que desechar. Por eso te escribo esta carta, porque, así, donde sea que esté tu cuerpo, donde sea que esté tu bella alma, la leerás, y sabrás de mí, que no te he abandonado por quererlo, no como lo hizo ella.

Estoy en un lugar muy bonito, las paredes siempre son blancas, sin manchas, sin mugre, y no sólo eso, tampoco hay trastes sucios ni pilas de ropa que lavar, ¡ni siquiera tengo que ir al trabajo!, ¡¿qué te parece?!, lo único que tengo que hacer es quedarme aquí, sentado, jugando con el tintineo de las cadenas y mirando las cuatro paredes que cada vez se vuelven más blancas.

Mi bella, si llegaste a amarme en algún momento, lo siento mucho, me gustaría volver a verte una vez más para decirte que estoy bien y que no te he abandonado, tu recuerdo está dentro de mí para siempre.



FUNDACIÓN JUAN RULFO, A.C.